

Selección

TERROR

RALPH BARBY

EL OSARIO DE LA URBANIZACION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

395 — Satán deja su huella, *Clark Carrados*.
396 — ¡Devuélveme mi cabeza!, *Adam Surray*.
397 — Regresa a tu sepulcro, *Ralph Barby*.
398 — Terror en el Lago Negro, *Joseph Berna*.
399 — Cepo mortal, *Ada Coretti*.

RALPH BARBY

EL OSARIO DE LA URBANIZACION

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 400
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 26.088 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Quedó extrañada. Quien llamaba a la puerta no lo hacía pulsando el timbre que habría hecho sonar el llamador musical y electrónico, sino que lo hacía golpeando la madera con los nudillos, despacio y repetidamente, pero con fuerza, sonoramente, tanto que parecía que la puerta fuera a romperse.

Eran unos golpes como aldabonazos que la obligaron a levantarse de la cama.

Con el camisón largo y el cuerpo ligeramente tembloroso bajo la fina y sedosa tela, Eva avanzó hacia la puerta, apenas había encendido algunas luces.

—¿Quién es?

Como respuesta, escuchó dos golpes más; quien quiera que fuese, estaba al otro lado de la puerta.

La joven de cabello trigueño, alta y de ojos verdes azulados, inclinó su rostro hacia la mirilla, mas no consiguió ver nada. El exterior estaba oscuro, Eva pensó que demasiado oscuro.

Abrió la puerta, preocupada, y frente a ella descubrió al ser que había estado llamando.

Era alto, mucho más que ella, físicamente se le imponía. Vestía una larga capa de color negro, un negro sucio, con capucha.

Su rostro, difícil de definir, no parecía humano. Era un rostro terrorífico, un rostro que por fuerza había tenido que salir de más allá de la mismísima muerte, un rostro que se había encarado con ella.

Fue tal el terror, que aun queriendo gritar, no consiguió que de su garganta brotara ningún sonido. Su cuerpo semejó enfriarse y de ella escapó toda fuerza.

Se sintió vulnerable y su mente se percató de ello. Quiso retroceder y hacerlo rápido, bastaba dar un par de pasos hacia atrás y cerrar de nuevo; más su cuerpo no la obedecía, no sabía si era el terror o aquellos ojos malignos, muy oscuros en el centro y amarillos en el entorno, que la estaban sugestionando.

Aquel ser alargó su mano y cogió la de la muchacha. Luego, tiró de ella para sacarla de la casa.

—No, no, no —suplicó, como si su voz fuera su aliento.

Era tan intenso el frío que se había apoderado de su cuerpo que los dientes comenzaron a castañetearle y apenas notó el frío del exterior.

Tropezó, no supo con qué, y perdió las zapatillas. Sus pies descalzos pisaron la hierba mojada por el rocío nocturno.

—No, no... —seguía suplicando, una súplica que no llegaba a ninguna parte.

Aquel ser surgido de la noche avanzaba por la acera sin articular palabra.

Eva vio revolotear los murciélagos en torno a las farolas y oyó claramente

sus agudos chillidos.

De pronto, tuvo la impresión de que veía tantos de aquellos murciélagos que formaban un enjambre. De no estar ya aterrorizada se habría espantado.

Miró en torno suyo, en busca de los chalets vecinos y ya no los vio. Algo muy extraño había ocurrido, era como si las casas se hubieran esfumado, como si ella hubiese devorado un espacio de tiempo de su vida o se hallara en una dimensión desconocida.

Aquel enigmático ser que sin duda venía de ultratumba, no cabía otra posibilidad a juzgar por su aspecto, la introdujo en unos jardines descuidados con abundante vegetación, pero aquella vegetación parecía enferma, no olía bien y la hojarasca que pisaban sus pies desnudos era pútrida.

Eva quería suplicarle que la dejara marchar, pero la mano de aquel ser, una mano fría, grande y huesuda, desagradable, semejaba un grillete de acero en torno a su muñeca.

Llegaron a un espacio amplio y despejado en torno al cual los árboles inclinaban sus ramas tristes y desnudas de follaje.

Aquel ser se detuvo y miró a la luna, grande y redonda. Eva tuvo la impresión de que jamás había visto una luna tan grande como aquélla. Lo que no comprendía era como antes no se había dado cuenta del plenilunio.

Comenzó a oír unos lejanos cantos fúnebres o quizá fueran rezos malditos. Ella sabía que todo aquello era malo, satánico, pero no podía escapar, la mano férrea del extraño ser la retenía en contra de su voluntad.

Descubrió unos bultos oscuros, parecían una procesión de flagelantes medievales que se abrían paso entre los árboles.

—Por favor, déjenme marchar —suplicó, cayendo medio arrodillada a las plantas del individuo de la capa negra con capucha cuyo rostro no semejaba humano.

La procesión llegó hasta donde ellos estaban.

La formaban hombres y mujeres harapientos. Eva los contempló y le parecieron verdaderamente espectros, cadáveres salidos de sus tumbas. Huesos, calaveras, ojos vacíos que semejaban mirarla...

No comprendía como aquellos seres podían caminar hacia ella hasta rodearla, se sintió acorralada.

—Os hablo en nombre de vuestro dueño y señor... Ella es la vida.

Señaló a la medio caída muchacha que respiraba jadeante por el terror que experimentaba al verse rodeada de aquellos seres venidos de más allá de la muerte.

Además de un hedor insoportable, emanaba de ellos como una sinfonía de gemidos, chasquidos, múltiples ruidos que sonaban lúgubres.

—El cuerpo de ella es vuestro cuerpo. ¡Tomadla!

La voz de aquel ser satánico, Eva no sabía cómo calificarlo, surgió de su garganta como un trueno lejano, presagio de malos augurios, casi salmodiando.

Dijo cosas que Eva no llegó a entender pero que sí debieron entender

aquellos seres desagradables que buscaban desesperadamente la vida física, con todos sus goces, sus placeres y también sus sinsabores.

—¡Tomadla!

La empujó hacia ellos. Un alarido y un ulular, como el ventarrón que se filtra entre el follaje espeso de los árboles, se fundió en un único sonido aterrador. Eva fue cogida por múltiples manos.

—¡No, no, soltadme, soltadme!

Fue levantada por encima de las cabezas de los espectros escapados de sus tumbas y transportada así, aferrada por múltiples dedos que se hundían en sus carnes.

Vio la luna sobre ella, una luna demasiado grande para ser real redonda y amarilla, como si estuviese enferma.

Descendieron a Eva que se vio materialmente encajada dentro de un ataúd y colocaron sobre ella una tapa de cristal que quedó de tal forma que no podía alzar los brazos que quedaron extendidos a lo largo de su cuerpo.

Intentó levantar el cristal con su frente, fue inútil, era como si la hubieran soldado al propio ataúd.

El féretro tenía tres asas a cada lado y fue elevado por seis de aquellos muertos vivientes, pues Eva no sabía cómo catalogarlos.

Encerrada en el ataúd, fue transportada por el bosque a un desconocido cementerio, posiblemente abandonado a juzgar por su aspecto general.

La comitiva se detuvo frente a una fosa.

Eva miraba a un lado y a otro y sólo veía aquellos rostros horribles que verborreaban cánticos ininteligibles para ella. No comprendió todo el terror que la envolvía y para poderlo soportar se decía a sí misma que era una pesadilla. Que de un momento a otro sonaría el zumbido del radio-reloj despertador que tenia a la cabecera de la cama.

Pasaron unas cuerdas por las asas y por debajo del ataúd que volvió a balancearse. La elevaron, sólo lo suficiente para centrarla en la fosa abierta y comenzaron a soltar cuerda. El féretro se hundió más y más...

—¡Socorro, auxilio, por favor, Sáquenme de aquí!

Nadie la oía. Su desesperación, sus súplicas, morían contra el cristal que se enturbiaba con el aliento húmedo que brotaba de su boca llena de angustia.

La caja tocó fondo.

La fosa era profunda, terriblemente profunda. Eva veía la abertura superior como un rectángulo pequeño y casi negro, un poco menos negro que las paredes que la rodeaban.

Fueron quitadas las cuerdas y el ataúd quedó quieto e inmóvil.

Eva hubiera deseado romper su cráneo contra el cristal que le impedía escapar de la horrorosa situación.

Bruscamente, tuvo la sensación de que el tiempo transcurría aprisa, que los minutos eran como horas, pero no tenía nada para calcularlo, su reloj de pulsera estaba sobre la mesilla de noche. Tampoco hubiera podido fijarse en la esfera ya que sus brazos permanecían como pegados a su cuerpo bajo el

cristal que la encerraba, impidiéndole moverse.

El interior de la fosa se iluminó, arriba comenzaron a arder antorchas alrededor de la tumba. Era como si ya hubiera descendido a los mismos infiernos cuando algo difuso cayó desde lo alto.

Era como un enjambre de maléficos insectos, pero no, era algo aún más terrible... Era tierra, tierra que golpeó el cristal con un golpe seco y sordo.

La tierra se esparció sobre ella, luego otra palada y otra, otra... El cristal comenzó a quedar cubierto.

Los ojos despavoridos y terriblemente abiertos de la joven vieron como las llamas de las anteriores antorchas desaparecían. La negrura más siniestra la envolvió.

—Dios mío, Dios mío, ayúdame, ayúdame...

CAPITULO II

Zzzzzzzzzuuuuuuuummmrnmmmm...

Abrió los ojos, le dolían. Era como si alrededor del cráneo, por encima de las cejas, tuviera una cinta de acero que la oprimía terriblemente.

Se había quedado quieta, muy quieta. Antes de mover los brazos, las piernas, el tronco, incluso su cabeza, movió las pupilas abarcando con su mirada cuanto tenía alrededor.

Por entre los resquicios de las junturas de las persianas, en su parte superior, se filtraba la luz. Era una luz tenue, tamizada por una cortina.

Todo estaba bien. Eva se dio cuenta de que se encontraba en su alcoba; no había sucedido nada, absolutamente nada, todo había sido una pesadilla.

Resultaba obvio que aquélla no era la primera pesadilla en la vida de la joven Eva; sin embargo, musitó para sí:

—Todo ha sido tan real...

Se incorporó en el lecho dándose cuenta de que no estaba tapada por las sábanas. Bajó de la cama e, instintivamente, buscó con los pies las zapatillas; no las encontró.

Se levantó y subió la persiana para que la luz entrara en la alcoba, una luz cálida y agradable, llena de vida. Alargó la mano y conectó la radio.

Tenía ya sintonizada una emisora que solía llenar con música gran parte de su programación.

«Me las habré dejado en el baño», pensó, refiriéndose a las zapatillas.

Salió de la alcoba. Estaba sola en la vivienda que compartía con otras dos compañeras, ausentes aquel fin de semana.

La casa formaba parte de un conjunto de diez, unidas pared con pared. Todas eran de una sola planta, iguales entre sí y con jardín frontal, separados por vallitas de madera blanca que cuidaba un jardinero pagado por la comunidad.

Grupos de viviendas como aquéllas había varios a las afueras de la ciudad, en urbanizaciones bien atendidas y que eran área forestal.

La gran metrópoli había extendido sus tentáculos, engullendo el campo abierto, lugares casi vírgenes donde se instalaban aquellas concentraciones de viviendas-dormitorios donde los ciudadanos, cansados de ruidos y contaminación, iban a buscar un poco de silencio y aire puro.

Fue al baño descalza y allí tampoco halló las zapatillas, lo que le extrañó. Instintivamente, se miró los pies y los vio muy sucios.

Abrió los grifos del baño y brotó el agua caliente. Se quitó el camisón, el baño la reconfortó pero al secarse, notó unas manchas azuladas en torno a su muñeca izquierda. No quiso darle más importancia y se encogió de hombros.

Ya vestida, se dispuso a abandonar la vivienda. Al llegar al jardín, encontró sus zapatillas perdidas. No estaban juntas, sino una aquí y la otra más lejos y esto sí consiguió ponerla pálida.

Recogió las zapatillas y con ellas en la mano, se metió en su pequeño automóvil utilitario. Las dejó caer y poniendo el vehículo en marcha, se alejó de allí con una desagradable sensación.

Eva trabajaba en un Medical Center precisamente a la entrada de la gran metrópoli, lo que hacía que el trayecto desde la urbanización donde residía hasta su puesto laboral lo cubriera en veinte minutos.

Veía venir a los automóviles en contra como si fueran a colisionar con ella.

Escuchó grandes claxonazos de advertencia y, de pronto, adquirió conciencia de que circulaba excesivamente centrada, comiéndose la línea divisoria.

Al entrar en el Medical Center tuvo que hacer una maniobra muy brusca para evitar la colisión con una ambulancia que llegaba ululando en aquellos precisos instantes.

Eva detuvo el coche y respiró hondo. Sabía que era culpa suya y no comprendía cómo no había oído la sirena de la ambulancia; lo achacó a que estaba distraída.

Reanudó la marcha. Estacionó correctamente y se internó en el edificio donde trabajaba como secretaria de administración. En consecuencia no llevaba bata blanca, pero una placa identificativa en su pecho advertía que no era una intrusa en el establecimiento clínico sino un elemento más para que todo funcionara correctamente.

Se sintió un poco aturdida.

—¿Has dormido mal, Eva?

—¿Qué?

Era una compañera de oficina que la miró con cierta picardía.

—Preguntaba si has dormido mal; quizá he debido preguntar si has dormido acompañada.

—¿Por qué dices eso?

—Tienes muy mala cara.

—Es que me he levantado con un poco de jaqueca.

—Tómate un analgésico. Hay un grupo médico para un seminario y te advierto que hay varios tipos muy interesantes.

Eva apenas prestó atención a su amiga y compañera, le respondió con una sonrisa ambigua y se internó en los lavabos para observar su rostro.

Estaba segura de haber visto bien en el baño de su domicilio y si tenía mala cara podía deberse al inminente peligro de choque con su automóvil.

Se examinó acercándose al cristal y, de pronto, inexplicablemente, el espejo se rajó en varios trozos. Frente a sus propios ojos, su cara quedó partida en muchos pedazos. Asustada, retrocedió un paso.

En aquel instante, el espejo se desprendió, cayendo gran parte de los fragmentos dentro del lavamanos; otros fueron a parar al suelo en medio de un estrépito de Vidrios rotos.

Asustada, temblorosa las manos, abandonó los lavabos.

Ya en el corredor, miró a un lado y a otro, como buscando algo, quizá un

apoyo. Comprendió que no podía regresar a secretaría en el estado anímico en que se hallaba y recordó lo que le recomendara su compañera.

«Un analgésico».

Buscaría a Sarah, que era doctora y amiga también, y ella le proporcionaría un analgésico adecuado.

Se introdujo en el ascensor y cuando salió de él se dio cuenta de que se había equivocado de planta. No comprendía el porqué del error cuando estaba acostumbrada a tomar aquel ascensor.

Bajó por las escaleras. Comprobó que unas mujeres de la limpieza estaban fregándolas y optó por dirigirse a otra de las escaleras que poseía aquel edificio. Para ello, sólo tenía que ir hacia el otro extremo del amplio y largo corredor.

De pronto, ante su vista destacó el rótulo que advertía:

«PSIQUIATRIA».

Eva conocía perfectamente al doctor psiquiatra Halloway, un hombre apacible que se ganaba la confianza del prójimo con suma facilidad.

Se detuvo, diciéndose a sí misma que estaba confundida y no hallaba explicación a lo que ocurría, el doctor Halloway podía ayudarla.

Empujó la puerta.

La sala de espera estaba vacía, lo cual la alegró, aunque inmediatamente pensó que a aquella hora el doctor Halloway podía no estar en su consulta.

Empujó otra puerta y fue a dar con el recibidor de la enfermera ayudante. Allí estaba la mesa escritorio, el teléfono, el dictáfono y los ficheros cerrados con llave. Aquel pequeño despacho servía como puente entre la sala de espera y el despacho del doctor.

Empujó la puerta y se halló en el despacho-consulta de psiquiatría. Era amplio y la luz diurna entraba por espesas y tranquilizantes cortinas. Las paredes tenían colores cálidos.

Allí estaba el típico diván del psiquiatra donde los pacientes debían relajarse.

—Siéntese.

La orden brotó de una garganta masculina.

Eva no había entrado nunca en aquella consulta, pero conocía bien al doctor Halloway y se quedó perpleja al ver al hombre que estaba al otro lado de la mesa, escribiendo algo en un bloc y mirando a través de unos cristales montados al aire en acero.

—Usted no es el doctor Halloway.

—No, no soy el doctor Halloway —respondió, dejando de escribir y observándola con una sonrisa apacible.

—¿Entonces?

—El doctor Halloway está ausente, ocupo su puesto aquí de forma interina, sólo es eso. Soy el doctor Emerson; pero por favor, siéntese.

—No, no, sólo venía a...

—Le ruego que me mire como si fuera el propio doctor Halloway. Si usted se va ahora, sería como traicionar la confianza que el doctor Halloway ha puesto en mí. Usted tiene problemas, será mejor que se tienda en el diván y hable relajada, sin inhibiciones. Yo la escucharé y luego será usted misma quien se ayude, quien halle la solución, ya lo verá. Por favor, tiéndase.

Eva vaciló unos momentos antes de decir:

—Es que no soy una paciente.

—¿Ah, no? Yo hubiera jurado que tiene problemas que resolver. ¿Acaso algún familiar suyo?

—No, no es eso, es que...

El doctor Emerson se puso en pie. Era un hombre alto y delgado, apenas tenía cabello sobre el cráneo y sus sienes eran plateadas. Inspiraba confianza.

Sólo faltó que él la cogiera por el brazo y la condujera hasta el diván para que ella se tendiera, entregándose al médico psiquiatra que se sentó a su lado.

—Cuénteme, por favor. Procure recordar todo lo que la preocupa, no omita nada.

Eva se relajó, semicerró los párpados y comenzó a decir:

—No estoy segura, todo ha comenzado esta noche. Aún no sé si se trata de una pesadilla o todo es una horrorosa realidad, pero yo me encontraba sola en casa, dentro de la cama, cuando llamaron a la puerta, llamaron y me desperté...

CAPITULO III

Marlene se desperezó y abrió la boca sin preocuparse de si su gesto era educado o no.

—¿Sueño? —le preguntó Eva.

—Un poco, hiciste mal en no salir con nosotras.

—Mi horario es más riguroso que el vuestro —le replicó Eva.

La música era estridente. Las parejas sé contorsionaban y también podían verse muchachos y muchachas bailando solos y otros en grupos de tres y cuatro mientras recibían bombardeos de luces cambiantes.

—Hemos conocido a unos tipos estupendos que preparan para el verano un tour fantástico. Se trata de hacer un recorrido por toda Europa.

—¿Toda?

—Bueno, casi toda, coches potentes y tres o cuatro roulottes, toda una caravana. De este modo, tenemos alojamiento seguro. Dejando las roulottes, se pueden visitar las ciudades en automóvil y luego estarán las noches divertidas. ¿Qué te parece?

—Ah, muy bien.

—Podrías venir con nosotros.

—Lo dices como si ya estuviera hecho.

—De momento está planeado. Tienen hasta una red para jugar al tenis allá donde encuentren un prado aceptable. Llevan aparatos de alta fidelidad, no les falta de nada.

—Me parece muy bien, Marlene, pero el verano queda lejos todavía.

—Las vacaciones hay que programarlas pronto.

—Ni que fueras un agente de seguros...

Marlene soltó una aguda carcajada y al volverse identificó a varios jóvenes que se acercaban a ellos.

—Mira, es Angie y viene con Burt y Walter...

Eva no conocía a los dos hombres que acompañaban a su amiga Angie. Uno de ellos era alto, de apariencia delgado, quizá porque vestía un jersey, caído por encima de las caderas, negro.

Tenía unos ojos grandes, profundos y un abundante cabello oscuro. Lucía una barba recortada, dando todo él un aspecto intelectual.

El otro era algo más bajo, más recio en apariencia y semejaba orgulloso de la amplitud de sus hombros. Su rostro estaba bien rasurado y sonreía constantemente, como si el mundo ya estuviera conquistado de antemano por él.

—Eh, mirad, chicos, ésta es Eva, la que faltaba de las tres mosqueteras. Las tres vivimos en el mismo apartamento.

—Nena, si algún día te sientes cansada, llama a Walter que en sus fuertes bracitos te llevará a la cama.

—¿Y quién es Walter? —preguntó Eva, irónica.

—¿Quién va a ser? El más fuerte de la discoteca.

—Eh, Burt, ¿tienes un pitillo? —pidió Marlene al joven del jersey negro y la barbita recortada, con un abundante cabello que le caía casi hasta los hombros.

—No, no fumo.

—Ah, sí, ya no me acordaba que tú no querías morir de cáncer —ironizó, burlona.

Eva notó de inmediato que Burt se interesaba por ella. Era un hombre poco hablador, aunque no se le podía tildar de insociable.

—¿Qué, Burt, llevamos a las niñas a dormir? —preguntó Walter.

—Por mí...

—¡Magnífico! —Aplaudió Angie—. Allí tomaremos unas copas, Marlene tiene un pequeño bar en su habitación.

—¡Chivata!

—Vamos —pidió Walter.

Fueron en dos automóviles.

El coche de Walter era más nuevo, más deportivo e incluso estaba más brillante y a él subieron Angie y Marlene.

Angie le advirtió a gritos:

—¡Cuidado con Burt, que se las sabe todas!

El utilitario de Burt se puso en marcha y pese a que Walter arrancó con fuerzas, como si estuviera en Le Mans, no consiguió despegarse de Burt que se limitó a seguirle sin tratar de rebasarle en ningún momento.

—¿Tú tienes coche, verdad?

—Sí —respondió Eva.

—¿No te gusta conducirlo?

—A menos que sea imprescindible... Bueno, por el centro de la ciudad no, se va demasiado lento... Oye, ¿por qué no vamos a otra parte? —le preguntó sugerente.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Y los demás? ¿No íbamos a vuestra casa?

—Sí, pero no tengo ganas de fiesta. Angie y Marlene querrán beber y bailar allí.

—¿Y tú no tienes ganas?

—No, no me apetece ahora.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿Preocupada?

—Eso será. ¿Te importa?

—No.

—¿Entonces...?

—Vamos.

Aminoró la marcha y se desvió por una calle lateral a la derecha, perdiendo

de vista el auto de Walter.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

—No sé, adonde prefieras.

—Has dicho que no tienes ganas de fiesta.

—La música estridente ahora me aturde. La verdad es que estaría mejor aturdida, pero no quiero.

—Supongo que no he de pensar que deseas ir a la cama.

—Querría si en donde vivo se pudiera dormir ahora, pero me temo que no va a poder ser. Angie y Marlene, pese a estar muertas de sueño, siguen queriendo juerga, no sé como aguantan.

—¿Empleamos entonces la imaginación?

—Eso, la imaginación al poder.

—Ya estamos solos, un hombre y una mujer en la noche de la gran ciudad... Lo vulgar ahora sería meternos en un night club.

—Sí, cuando acabamos de salir de una discoteca.

Burt, conduciendo lentamente, presto a desviar el coche por cualquier calle, le hizo observar:

—Lo normal es que cuando se sale de un night club se vaya a la cama.

—No seas malo.

—Verás, conozco un lugar bonito, pero está lejos.

—¿Dónde?

—Lejos. ¿Te basta?

—Sí —asintió, acomodaticia.

—Siempre se está a tiempo de hacer una tontería —dijo él, pisando el acelerador.

Eva se dejó llevar.

Salieron de la ciudad y enfilaron por la carretera del norte. Pasó una hora, y luego otra. Burt se detuvo en una gasolinera y llenó el depósito.

Luego, abandonó las carreteras principales hasta que se adentró por un camino horrible donde el automóvil apenas podía avanzar.

La joven observó:

—¿No vas a romper el coche?

—No creo, está hecho a todo.

Ascendieron entre los árboles hasta llegar a unas ruinas antiquísimas y abandonadas.

Al fin, detuvo el coche y apagó los faros.

—Afuera.

—¿Este es el sitio de las sorpresas?

—Puede.

Burt sacó una manta del maletero y con ella se aproximó al borde de lo que resultó ser un acantilado.

—Escucha el rugido del mar... Es eterno y siempre maravilloso.

—Es cierto. ¿Has venido muchas veces?

—Sí, cuando era niño, nací cerca de aquí. Sígueme con cuidado.

—¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás. No tengas miedo pero ten cuidado donde pones los pies.

La condujo por una gruta rocosa disimulada por unos arbustos.

Eva, cogida de la mano del hombre, no tuvo miedo y le siguió. No sabía por qué pero tenía completa confianza en aquel hombre joven y desconocido.

La gruta conducía al vacío, a la pared del acantilado. No muy lejos se estrellaban las olas contra las rocas que aparecían y desaparecían bajo las oleadas de espuma.

—Un hermoso lugar —aprobó Eva.

Burt dispuso la manta de tal forma que pudieron sentarse juntos y arroparse con ella, pegando sus espaldas contra la pared. Burt pasó el brazo por detrás de la espalda femenina y le dijo:

—Ahora, a esperar.

—¿El qué?

—Ya lo verás.

Eva no quiso preguntar más, se calló y escuchó el rugido de las olas rompiendo contra las grandes rocas marinas que desafiaban abiertamente al gran gigante que era el mar.

Desde aquel lugar privilegiado podían ver, como si fueran dos gaviotas en su nido colgado del acantilado.

A Eva le pareció que el tiempo se le hacía eterno mientras diminutas salpicaduras de espuma semejaban más estrellas en la noche y el mar brillaba como si le hubieran bañado con plata líquida.

Llegaron los pájaros o acaso despertaron en sus dormitorios que eran las ramas de los abundantísimos árboles y comenzaron a cantar todos al mismo tiempo, creando una auténtica sinfonía que se fundía con el rumor del mar.

—¿Te gusta?

—Sí —respondió ella, arrebujándose contra el hombre.

Le gustaba aquella situación y le agradaba que Burt no tratase de aprovecharse de ella.

—Mira, Burt, es la amanecida sobre el mar.

—Es lo que quería que vieras.

—Este lugar es maravilloso.

—Estaba seguro de que te gustaría. Yo me había escapado de casa por la noche para refugiarme aquí y ver salir el sol.

—¿Solo?

—Sí, completamente solo.

—¿Y no te daba miedo?

—Un poco, al principio; me sentía muy pequeño e insignificante ante tanta belleza y llegué a pintar este amanecer muchas veces. En cada ocasión que tenía una caja de lápices o acuarelas o tubos de pintura al óleo que me compraba o me regalaban, lo primero que hacía era pintar esta salida del sol en el mar. Lo que no supe jamás fue reflejar el rumor de las olas, el canto de los pájaros y me hubiera gustado hacerlo. Lo malo es que me decían que era

reiterativo y que me faltaba imaginación.

—Qué poco te entendían... Esto es maravilloso, comprendo que tuvieses obsesión por plasmarlo de alguna forma.

—¿Permites que te bese? Sólo un beso —pidió con voz algo ronca.

—¿Soñaste aquí con el beso de una chica?

—Sí.

—¿Siendo niño?

—Sí.

—¿Y no trajiste nunca a ninguna mujer?

—Sí, pero de día; jamás vieron amanecer como tú lo estás contemplando ahora.

—Sí sólo es un beso...

—Sólo, palabra.

Ella alzó el rostro, entreabriendo sus labios.

Las dos bocas se unieron con mucha suavidad, buscando un roce perfecto, un encaje físico y espiritual, mientras el sol emergía del mar como una gigantesca burbuja anaranjada que expandía su belleza sobre la superficie líquida.

Ya de regreso, Eva aspiraba con fruición el aire fresco de la mañana que entraba por los cortavientos de la ventanilla.

Se sentía a gusto, la salida con el desconocido Burt había sido una inyección de optimismo.

Burt había sido cuidadoso y gentil con ella, sin propasarse, y Eva se daba cuenta de que comenzaba a sentirse atraída por aquel joven desconocido de ojos grandes y profundos, casi tristes y algo románticos, unos ojos llenos de sensibilidad.

Aquel beso largo, suave y a la vez profundo, había sido como un elixir mágico y renovador para Eva que horas antes se sentía hundida, desmoralizada y perdida hasta el punto de que se había entregado a las artes de un psiquiatra, el doctor Emerson.

—¿Qué piensas?

Ella sonrió y dijo:

—Que tengo que ver a mi psiquiatra y decirle que me siento mucho mejor.

—¿Te tratas con un psiquiatra?

—Sólo una sesión.

—¿Problemas?

—Ahora los veo lejanos, como si no hubiesen existido jamás. Creo que no volveré a ver al psiquiatra. ¿Sabes que trabajo en un Medical Center?

—No, no lo sabía. ¿Eres enfermera o médico?

—Nada de eso, secretaria de administración.

—Yo trabajo para una editorial. Estoy en el equipo que confecciona una enciclopedia histórica universal.

—Debe ser apasionante.

—Lo es. Me gusta ese trabajo, ahondar en la historia es apasionante. En

ocasiones, hasta pierdo la noción del tiempo.

—Lo comprendo.

—Lo malo es que luego el jefe del equipo coge las tijeras y recorta lo que le parece, según su criterio.

—Eso es normal.

—Y en el Medical Center, ¿qué tal andan las cosas?

—Yo no me entero, pero ya sabes, es un edificio de dolor. Cuando me entero de que algún niño sana, me alegro mucho, pero desgraciadamente muchas veces, diría que a diario, sale gente dentro del fatídico ataúd.

—¿Podrían hacer más los médicos?

—No lo sé, yo no soy especialista de nada, pero por lo que oigo, los enfermos acuden al centro médico cuando su situación es más que grave. ¿Qué pueden hacer los médicos, las enfermeras? No son dioses.

—Claro, si fueran dioses no cobrarían su salario.

Eva quedó un instante pensativa y luego sonrió; lo que acababa de decir Burt era una perogrullada pero en la que ella no había caído.

Se animaron hablando. Eva se dio cuenta de que se comunicaba con el joven historiador y él con ella, también.

—La fiesta debe continuar porque todavía están ahí —observó Burt, estacionando su coche junto a la acera.

El automóvil de Walter estaba dentro del jardín, junto a dos coches más. Uno de ellos era el de la propia Eva.

—¿Los encontraremos dormidos? —se preguntó Eva, sonriente.

El día se le antojaba espléndido, pese a que iban apareciendo unas nubes que enturbiaban el cielo, lenta pero inexorablemente. Ya nada tenía que ver el cielo que tenían sobre ellos con el que dejaran en el acantilado, en un magnífico amanecer.

Burt la siguió. La vio introducir el llavín en la puerta y abrirla. Luego, entraron en la casa que formaba parte de un complejo de diez en línea, constituyendo una fachada alargada.

Lo que vio Eva al entrar en la casa donde vivía junto con Angie y Marlene le produjo tal impresión que, como si acabaran de asestarle un mazazo en la cabeza, su cuerpo, en apenas unos instantes, se quedó frío.

Luego, todo se oscureció ante sus ojos y se desplomó pesadamente.

CAPITULO IV

Cuando recuperó el conocimiento, se encontró tendida en su propio lecho.

Junto a ella estaba Marlene, completamente pálida y con los ojos enrojecidos de haber llorado mucho. Burt también se hallaba a su lado.

Miró a uno y a otro, alternativamente. Al fin, se quedó mirando fijamente a Marlene y le preguntó escueta, demostrando que se acordaba muy bien de lo que descubriera al abrir la puerta. La amnesia no había envuelto su cerebro por ayudarla, sumergiendo en lo más hondo del subconsciente el trágico hecho descubierto.

—¿Cómo fue?

—No lo sé.

Burt dijo entonces con pura lógica y sensatez:

—Habrá que avisar a la policía.

—Yo no sé, no sé, creo que me volveré loca —gimió Marlene, llevándose las manos a las sienes.

Eva, más recuperada, se incorporó en la cama hasta quedar sentada y pidió a su amiga:

—Tienes que recordar.

—Sí, sí... Llegamos aquí, Walter venía muy alegre, dijo que había conseguido dejar atrás el coche de Burt y nos reímos un poco. Angie sacó bebidas y Walter unos cigarrillos de «hierba», ya sabéis que él fuma habitualmente. Angie no quiso fumar. Yo, bueno, bebía y creo que empecé a reír,

Walter me pareció más payaso que nunca. El también reía. Se acercó y me abrazó, me besó, yo lo pasaba bien. Angie se cuidaba de la música, recuerdo que dijo que tenía sueño y que de pronto se iría a dormir. Fue entonces cuando llamaron a la puerta, eran unos golpes fuertes, espaciados entre sí. Angie, lo recuerdo muy bien, comentó: «Que raro... ¿Habrá perdido Eva la llave?»

Contando su historia, Marlene hizo una pausa. Luego, al pedírselo Eva, prosiguió.

—Angie fue a abrir. Yo, a distancia, vi una sombra oscura, juro que no vi nada más.

—¿Y Walter?

Ahora fue Burt quien respondió:

—Dice que tampoco vio nada.

—Pero, ¿quién fue, cómo era?

—No lo sé, no lo sé... Angie lanzó un grito horrible, luego caminó hacia atrás. Las manos le temblaban espantosamente, como queriendo coger el mango del larguísimo cuchillo que llevaba clavado en el cuerpo. Cayó al suelo y Walter y yo no supimos reaccionar, estábamos...

—Drogados —acusó Eva.

—Sí, es cierto, estábamos drogados. Angie nos miró con ojos muy abiertos, como preguntándonos algo. Ya no decía nada, su boca estaba entreabierta y comenzó a salirle sangre por entre los labios. Walter se acercó, luego me miró y dijo: «Está muerta». Angie ni siquiera había cerrado los ojos, se había quedado con ellos muy abiertos, reflejando el mayor espanto.

—Ha sido un cuchillo terriblemente largo y no muy ancho —observó Burt —. Es uno de esos cuchillos afiladísimos para cortar chorizos o lonchas de jamón. Resulta un poco prosaico dicho así, pero es lo que más parece. La policía tendrá que decir la última palabra.

—No, la policía no —casi suplicó Marlene.

—¿Por qué no?

—Van a descubrir que fumamos «hierba» y estuvimos bebiendo.

—No es que lo tengan que descubrir es que debéis contarlo vosotros mismos. Una confesión completa es lo mejor, lo que más os ayudará en esta tragedia.

—Walter ha dicho que la policía nos acusará a nosotros del crimen.

—Es posible que tengáis que buscar un abogado.

—No habéis sido vosotros, estoy segura —manifestó Eva.

—Tú nos crees, Eva, pero ¿y la policía?

—Hay que denunciar el crimen, el no hacerlo os convertiría automáticamente en cómplices del criminal. Si no llamas tú a la policía antes de cinco minutos, lo haré yo —advirtió Burt.

—No quiero ir a la cárcel. Walter salió en persecución del asesino, salió, pero ni siquiera llegó a verlo.

—Drogado como estaba... —observó Burt.

—¿Quién iba a sospechar que ocurriría una cosa semejante?

—Nadie, evidentemente.

Eva opinó:

—Yo creo que hay seres lunáticos que vagan en las noches por estas urbanizaciones solitarias.

—¿Tú los has visto alguna vez? —inquirió Marlene.

—No estoy segura, pero me da miedo, mucho miedo.

—A mí un pánico atroz, me iré de afluí.

—No irás a dejarme sola aquí, ¿verdad?

—No quiero estar más tiempo en esta casa. Otra noche pueden volver a llamar a la puerta y... No, no quiero morir como la pobre Angie.

—Protegeremos la puerta adecuadamente. Hay medios, ¿no, Burt?

—Sí, con un poco de dinero se puede proteger la casa. Además, es factible poner rejas.

—No sé si el casero lo permitirá —dijo Eva.

—De todos modos, después de lo sucedido, exigid protección, tenéis derecho a ello. Por cierto, ¿y las casas vecinas?

—Todas no están ocupadas. En realidad, este lugar es bastante nuevo. De las diez casas que forman el bloque, sólo hay tres ocupadas. ¿No es eso,

Marlene?

—Sí, creo que sí.

—Pues, cuando se conozca lo ocurrido, al casero le va costar alquilar el resto.

—Marlene, Burt tiene razón, hay que llamar a la policía. No se puede ignorar la existencia del cadáver de Angie, es horrible, pero el cadáver está ahí.

—Esto es verdad, y yo no quiero volver a verlo.

—Lo he cubierto con una manta. El fiscal se va a molestar un poco cuando sepa que han transcurrido tantas horas desde la muerte de Angie hasta que se ha avisado a la policía.

—¿Y Walter? —preguntó entonces Eva.

—Se ha marchado.

—¿Adónde?

—No lo sé. Ha dicho que no quería verse involucrado en esto y que si yo confesaba, que no mencionara su nombre.

—Eso es absurdo —gruñó Burt—. Tú tienes que decir que él estaba aquí, contigo. Cuando la policía lo reclame para declarar, habrá tenido tiempo para recapacitar y darse cuenta de que su comportamiento ha sido infantil.

—Está bien, pero llama tú, por favor, Burt, llama tú. Yo no sabría qué decir, no sabría —musitó Marlene, temblorosa.

Cuando la policía llegó, todo eran caras hoscas por parte de los representantes de la ley. No les gustó nada el tiempo transcurrido desde el asesinato hasta que se les había llamado.

El comisario Shenider llegó más tarde junto con el juez y se hizo cargo de tan oscuro caso.

—¿Y dicen que no han sido robados?

—No —respondió Eva que ahora estaba más tranquila que Marlene, muy afectada por haber presenciado el crimen.

—Es muy raro. ¿Y antes no hubo ninguna violencia verbal?

Eva miró a Marlene y ésta respondió moviendo negativamente la cabeza.

El comisario olfateó el ambiente como si tratara de un sabueso y al fin dijo:

—Aquí se ha fumado marihuana en las últimas horas. ¿No es cierto?

Marlene miró suplicante a su amiga. Eva permaneció callada:

—Sólo, sólo un par de cigarrillos... Walter y yo...

—Tendrán que acompañarme a comisaría.

—¿Nosotros también? —preguntó Eva.

—Sí, todos. Inspector... —interpeló a uno de sus ayudantes—. Que busquen a un joven llamado Walter... ¿Walter qué más?

Marlene, sincera respondió:

—No lo sé.

—Lo que faltaba —bufó el policía—. Se ponen a fumar droga, a beber en cantidad, hay un crimen, no avisan a la justicia hasta el día siguiente y encima no saben cómo se llama el compañero.

—¿Por dónde lo busco, comisario?

—Alguien sabrá dónde encontrarlo, ¿no? —gruñó Shenider.

—Lleva un automóvil «Ford» Granada de color marrón dorado y podrá encontrarlo en el hipódromo —explicó Burt.

—¿Nada más? —rezongó el comisario con sorna.

—Yo no sé más de él, ya sabe cómo somos los jóvenes de ahora —respondió Burt también con sorna—. Nos vemos, nos comunicamos y luego nos separamos sin perdimos la documentación.

—Bien, todos a comisaría. Haremos un rastreo por los alrededores a ver si encontramos alguna pista del supuesto asesino nocturno. Pero estoy por creer que el asesino estaba en la propia casa. Cuando la gente se droga es capaz de todo.

Marlene miró a Burt suplicante, lo que ella había temido estaba ocurriendo.

La policía parecía más interesados en creerles culpables a ellos y dudaba mucho de la existencia del siniestro personaje que se presentara extraña y trágicamente en mitad de la noche para arrancar una vida joven con aquel horroroso cuchillo de hoja muy larga, estrecha y afilada.

Los camilleros se llevaron el cuerpo de Angie sin sacarle el cuchillo del cuerpo, lo dejaban tal cual estaba. Sería labor del médico forense quitárselo para puntualizar mejor las causas de la muerte.

Eva no quiso ver el rostro de su amiga que quedara con los ojos desmesuradamente abiertos.

Un policía de uniforme se acercó al comisario y le cuchicheó algo al oído mientras éste asentía con la cabeza.

CAPITULO V

Eva entró casi como una sonámbula en la consulta del psiquiatra.

El doctor Emerson, al igual que la vez anterior, semejaba absorto escribiendo algo en un bloc. Eva se sentó en una butaca frente a él.

—Doctor —interpeló, suave y cansadamente.

Emerson levantó la cabeza y miró a la joven secretaria de administración del Medical Center a través de sus gafas de cristales montados al aire.

—Ah, usted... ¿Cómo se siente?

—Mal.

—¿Más pesadillas?

—No son pesadillas.

—¿Cómo está tan segura?

—Han matado a mi amiga Angie.

—¿Han matado a su amiga, de verdad?

—Sí, doctor. La asesinó el mismo horrendo personaje que vino a buscarme a mí la noche antes, sólo que yo tuve la suerte de escapar con vida, una suerte que no ha tenido ella.

—Vamos a ver... ¿Está segura de lo que dice o se trata de otra pesadilla?

—No es ninguna pesadilla, doctor, ojalá lo fuera. Tenga el periódico, si es que no lo ha leído ya.

—¿Leer? No, no leo los periódicos. Sé que debería hacerlo, pero no tengo tiempo, estoy demasiado ocupado. Veamos, ¿dónde dice que está?

—Aquí, en esta columna —señaló con su dedo índice.

—Ah, sí... «Horrible crimen a medianoche. Se sospecha que en una orgía de alcohol y droga, una muchacha fue horrorosamente acuchillada por alguien que pudo participar en la orgía...» —el doctor Emerson bajó el tono y leyó para sí el resto de la noticia. Dejó luego el periódico y mirando a la joven le preguntó directamente—: ¿Estaba usted presente en esa orgia?

—No.

—¿Entonces?

—Podía haberlo estado, pero otro joven y yo preferimos ir a contemplar un amanecer frente al mar. La policía ha comprobado nuestra coartada que además coincide con lo declarado por mi amiga Marlene. Nos han dejado libres, pero mi amiga sigue retenida.

—¿Por qué?

—Porque ella sí estaba y había bebido alcohol y fumado «hierba».

—Eso es grave. Pudo ser ella o su amigo.

—¿Se refiere a Walter?

—No sé cómo se llama, pero el periódico dicen que eran tres.

—Walter, creo que la policía lo ha detenido.

—Hum, es un asunto un poco feo, pero si dice que usted no estaba...

—No.

—¿Y cómo sabe que puede tratarse del mismo personaje?

—Por lo que dijo Marlene.

—¿Lo vio ella?

—Pues...

—¿Lo vio o no lo vio? —insistió, con cierta sequedad.

—No lo sé, creo que con claridad, no.

—En ese caso, pueden tratarse de cosas distintas. Lo de usted fue una pesadilla.

—¿Insiste en afirmar que sufrí una pesadilla, vivida en estado de sonambulismo?

—A su amiga dice que la han matado, ¿no es verdad?

—Sí.

—Sin embargo, a usted no le ocurrió nada.

—Es cierto, pero mis zapatillas estaban en el jardín, tiradas.

—Estado de sonambulismo —repitió—. No tema, acabaremos sacando de su mente el verdadero problema que le agobia, quizá una frustración infantil. También es posible que le haya sucedido algo que la haya impresionado mucho, paradójicamente, ha olvidado, corriendo un tupido velo, pero que salió en sueños, provocándole el terror que sufrió.

—Y Angie, mi amiga... ¿Qué significa su muerte?

—Ese es un problema que deberá resolver la policía.

—¿Usted también piensa que el asesinato lo cometieron Marlene y Walter?

—No puedo opinar al respecto, compréndalo, no conozco a su amiga y tampoco a su amigo. No estuve allí, no sé qué pistas pueden haber dejado. Todo ello es problema a resolver por la policía.

—Es que yo creo que tiene mucho que ver con lo que me sucedió a mí. Ha de ser el mismo personaje, llamó a la puerta de igual forma, me lo contó Marlene.

—Usted intenta convertir en físicamente real lo que sólo es un fantasma de su mente.

—Lo siento, doctor, pero estoy convencida de que es lo mismo. Es el mismo ser. Yo no sé si utiliza careta o no, pero es horrible, no es de este mundo.

—Bueno. ¿Por qué no hacemos una sesión de diván?

—No, no, ahora no tengo ganas de tenderme en el diván.

—Convénzase, es lo mejor para usted.

—No, hoy no.

—¿Por qué? Debe luchar usted para sacar de su subconsciente los fantasmas que la están acosando. Yo puedo ayudarla a ello, es mi profesión.

—Gracias, doctor, volveré otro día. Ahora tengo prisa, sí, tengo prisa.

Antes de que el doctor Emerson pudiera retenerla, Eva abandonó la consulta como si huyera.

La antesala estaba vacía y le agradó, porque no quería ver a nadie.

Fue a los lavabos y se encontró con que el espejo que se había roto con

solo mirarlo, ya estaba repuesto por otro nuevo. Se miró con temor y predispuesta a saltar hacia atrás, pero en aquella ocasión el espejo no se rompió como ocurriera la vez anterior.

Más tranquilizada, regresó a secretaría y administración del Medical Center y se abstrajo con su labor; quería olvidar.

Tenía deseos de que llegara la hora del fin de jornada para encontrarse con Burt. Apenas le conocía, pero ya tenía una gran confianza en él, aunque las cosas no iban a salir como Eva deseaba.

Sonó el teléfono que tenía en su mesa y al descolgarlo reconoció de inmediato la voz que hablaba al otro lado del hilo.

—Eva, ¿eres tú?

—Burt, ¿pasa algo?

—Nada importante, no te alarmes. He de terminar unas fichas, ya sabes que en comisaría se me comieron el tiempo.

—¿No podrás venir?

—Ahora no, pasaré luego por tu casa.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y Walter?

—No lo sé, creo que todavía no han dado con él. Me temo que está cometiendo un error al esconderse de la policía.

—Creí que estaba ya en comisaría.

—Pues no, no está, y el comisario Shenider lo cree culpable.

—¿Y Marlene?

—Está en comisaría, me temo que va a pasar por manos de un psiquiatra. La droga tiene la culpa, quizá aleguen que ella no se dio cuenta de nada de lo que hacía Walter.

—Pero eso es terrible, equivale a decir que Walter es el asesino.

—Yo no lo creo, pero su situación es muy difícil. En fin, ya hablaremos de ello, hasta luego.

Al salir de la oficina del Medical Center, Eva se dirigió a su casa.

No tenía mucha prisa por llegar a la casi solitaria urbanización, pero tampoco deseaba ir a ninguna otra parte, por lo que a velocidad reducida, rodó hacia ella.

Encontró dos automóviles estacionados junto a la acera, uno era policial, el otro privado, y no tardó en reconocer al propietario que no era otro que el casero. Tenía la faz grisácea y lanzó a Eva una ojeada casi asesina.

—¡Me está arruinando! —Protestó con vehemencia—. Voy a expulsarlas de esta casa por drogadictas.

Eva encajó las primeras palabras que la sorprendieron, mas se recuperó inmediatamente y replicó:

—Si me dice algo más, le acusaré de calumnias.

—¿Es que va a negar que estaban drogados, que fue una orgía que terminó en asesinato?

El comisario Shenider se acercó en aquel instante e intervino.

—Modérese, la señorita no participó en esa orgía. Si la acusa de ello, sí va a tener que buscarse un abogado.

—¿Encima eso? ¿Quién va a alquilar ahora los otros apartamentos? Son nuevos, de difícil amortización. Es mi ruina, tendrán que marcharse.

—Sí, me iré en cuanto encuentre otro mejor y le aseguro que si me preguntan los periodistas voy a decirles que se está francamente mal, yo duermo con pesadillas.

—¡Esto es el colmo! —gritó—. Después de lo que han hecho, encima tengo que callarme. Lo ocurrido aquí se ha publicado en los periódicos y, ahora la gente decente no querrá alquilar mis otros apartamentos.

—A lo peor es por lo caros que resultan —le replicó Eva, dispuesta a no dejarse humillar más por el casero.

—Haré publicar una gacetilla en la prensa diciendo que han sido desahuciados de esta finca porque aquí sólo pueden hospedarse gente decente, gente honesta.

Eva le dejó marchar mascullando improperios.

El comisario, en tono bajo, comentó:

—Tiene razón de quejarse. Ha invertido su dinero en un negocio que ahora va a resultar ruinoso.

—Eso no es mi problema —replicó desabrida—. ¿Han encontrado ya al asesino?

—¿Se refiere a Walter?

—Walter no es el asesino.

—¿Cómo puede estar tan segura, si no se hallaba aquí en el momento de los hechos?

—Comisario, sólo he visto a Walter una vez en mi vida y durante poco rato, pero no me parece el hombre capaz de hundir en el cuerpo de una mujer un cuchillo de las dimensiones del que clavaron en el cuerpo de Angie.

—Nunca se sabe cómo puede reaccionar una persona y menos, drogada. Son muchos los que creen que un psicópata peligroso va por las calles con el cuchillo en la mano, asestando cuchilladas a diestro y siniestro y no es así. Puede sonreírle tranquilamente, ser un personaje afable, alegre de aspecto y luego dar la campanada.

—Tendrá que demostrar que fue Walter.

—Lo intentaremos. Hemos estado revisando la casa con detalle, hemos buscado huellas. Tome su llave, pero posiblemente regresemos a hacer alguna otra inspección.

—¿Y el cuchillo?

—¿El cuchillo?

—Sí, el cuchillo largo y afilado. ¿Tenía huellas?

—Sorprendentemente no. ¿No cree que es lógico que Walter, después de darse cuenta de lo que había hecho, al disiparse los efectos de la droga, pensara que era mejor borrar unas huellas que podían acusarle fatídicamente?

También trataremos de averiguar el lugar de donde lo sacó, un cuchillo tan largo no se vende todos los días.

—Busque, comisario. Al final se convencerá de que no fue Walter.

—Lo dice tan convencida que da la impresión de conocer al verdadero asesino.

—Para mí es un loco diabólico que anda por ahí.

Eva sabía que no podía decir más, no podía o acabaría contándole al comisario que ella misma estaba consultando a un psiquiatra, lo que la haría aparecer como una demente ante sus ojos.

El comisario, con una sonrisa de suficiencia, muy seguro de lo que tenía entre manos, se marchó en el automóvil policial.

La casa se le antojó opresivamente vacía.

Sabía que en el bloque de diez había otras habitadas, pero no conocía a ninguno de sus moradores. Suponía que la policía debía haberles interrogado.

Puso música para entretenerse.

Observó que la policía había movido muchas cosas, especialmente de la habitación de Angie. También habían estado registrando los demás dormitorios, incluso el suyo, probablemente buscando un alijo de drogas.

No se preocupó demasiado por aquel registro; después de todo, habían podido comprobar que en su cuarto no había nada al margen de la ley.

Leyó un periódico mientras se hacía de noche. Pensó en Marlene y se preguntó cuándo la dejarían regresar a casa. Había que tener en cuenta que el consciente retraso en avisar a la policía, el juez podía considerarlo una falta condenable.

Eva no estaba al corriente de las leyes, pero sospechaba que sí podían aplicarle alguna sanción. Además, tendría que pasar por revisión psiquiátrica tras comprobarse que su cuerpo tenía vestigios de droga consumida.

El caso de Walter era peor, ya que lo consideraban sospechoso del crimen.

De repente, sonó el teléfono y su timbre la sobresaltó pese a la música ambiental.

Se acercó al aparato y lo descolgó.

—¿Sí?

—Eva, soy Burt.

—Ah. ¿Dónde estás?

—No he podido terminar el trabajo que estoy haciendo. ¿Te importa que pase mañana?

—¿Mañana?

—Sí, lo siento. Estar junto a ti es lo que más me hubiera gustado.

—Lo comprendo.

Eva miró a su alrededor y tuvo la impresión de que la sala se empequeñecía.

Colgó prácticamente, estaba decepcionada. Trató de regresar a la lectura para absorber sus pensamientos y no lo consiguió.

Pasó a la cocina, se preparó una cena frugal y luego se fue a la cama,

notando entonces todo el peso de la terrible soledad de la casa.

Se preguntó cuánta gente más viviría en aquel bloque de diez viviendas. Una casa vacía siempre tenía algo de enigmático y misterioso, mucho más las que habían sido ya habitadas que las que eran completamente nuevas.

Se dijo que una pastilla para dormir le iría bien. Ella no las utilizaba, pero Marlene las tenía en su habitación, no solía guardarlas en el botiquín que tenían equipado para las tres en comunidad.

Entró en el dormitorio de su amiga y buscó en el neceser, viéndolo revuelto. Los medicamentos personales habían desparecido y dedujo que se los habría llevado la policía para analizarlos por si contenían droga.

Regresó a su cuarto y se acostó. Trató de dormir, mas no era fácil. Temió que el insomnio se apoderase de ella, pero sin darse cuenta entró en un profundo sopor, el cansancio la vencía. Había tenido falta de sueño las noches anteriores y ahora lo acusaba.

Su mente necesitaba descansar, librarse de las tensiones proyectándolas en sueños oníricos.

De pronto, creyó que se despertaba y tuvo la sensación de no estar sola.

La habitación se hallaba a oscuras. Se quedó muy quieta, como esperando algo, y aún no estaba segura de si era un sueño o vivía en realidad, si efectivamente se había despertado.

Tuvo la impresión de oír unos pasos lentos, pesados.

Sintió miedo, pero recordó las palabras del doctor Emerson, el psiquiatra del Medical Center.

«Tiene que vencerse a sí misma para expulsar a los fantasmas que gobiernan su cerebro.»

Se calzó las zapatillas y abandonó la sala con sigilo, sin abrir la luz.

Con mucho cuidado, abrió la puerta del cuarto. En aquel instante estuvo plenamente segura de que había alguien más aparte de ella en la casa.

—Marlene, eres tú.

De súbito, descubrió una figura alta y oscura, una figura que se volvió hacia ella y entonces pudo ver su rostro fosforescente.

Era él, estaba segura de que era él.

—¿Quién es, quién es? —gritó.

Aquel ser diabólico, surgido de la noche, no respondió.

Llevaba una pelota blanca en sus manos que arrojó al suelo y ésta rodó pesadamente hasta los pies de Eva que retrocedió hasta pegar su espalda contra la pared.

El ser fantasmal que usaba capa larga y oscura, que cubría su cabeza con capucha y cuyo rostro era extraño, indescriptible, como de otro mundo, le dio la espalda y se alejó hacia la puerta de la calle, desapareciendo.

Eva no se atrevía a moverse. Pegada a la pared, miraba el bulto blanco que tenía a sus pies. Se apartó de él y encendió todas las luces de la sala, aún tenía dificultades para respirar bien.

Observó más de cerca aquella especie de pelota y vio que no era tal, sino

que una ropa blanca envolvía algo. Se inclinó, cogió una punta del trapo y tiró.

Al ver la sangre, se asustó, pero ya no pudo evitar ver de qué se trataba.

Los gritos que brotaron de su garganta fueron horribles, la expresión acústica de su espanto mientras retrocedía como enloquecida de pavor.

En el suelo, sangrante aún, estaba la cabeza de Walter.

CAPITULO VI

Cuando Burt llamó por la mañana a Eva a su domicilio, casi con la intención de despertarla y darle los buenos días, se encontró con una voz que le pareció conocida.

—¿Quién es? —le preguntaron.

—¿No vive aquí Eva?

—Sí, pero usted, ¿quién es?

—Me llamo Burt y supongo que usted es el comisario Shenider.

—No se equivoca, joven, puede venir.

—¿Adónde?

—Aquí, a la casa de su amiga.

—¿Le ha pasado algo?

—No, nada en especial, está durmiendo.

—Por favor, comisario, ¿qué le ha sucedido? —insistió, angustiado.

—Persónese aquí, por favor.

Burt comprendió que no iba a sonsacar más al comisario por lo que colgó y tomando el automóvil, rodó veloz.

Notó la angustia en su garganta. Estaba seguro de que algo desagradable había sucedido, pero no lo averiguaría hasta que llegase a la casa de Eva.

Nada más llegar, observó que había varios coches policiales y comprendió que aquel despliegue de medios se debía a alguna causa.

Había agentes de paisano y de uniforme inspeccionando los alrededores. Era evidente que buscaban algo.

Estacionó su coche y saltó de él. Un policía de uniforme y elevada estatura se interpuso en su camino.

—El comisario me espera —dijo.

—Su documentación.

De mala gana, Burt le mostró sus documentos. El agente los revisó mientras los otros iban y venían. En aquellos momentos, arribó un furgón del que salieron varios agentes y dos perros que no ladraban pero cuyas miradas eran muy inquietantes.

—Pase dentro.

El comisario ya le había visto por una de las ventanas, pero no hizo nada por evitar el control del agente.

Cuando Burt le vio, observó que el comisario estaba de pésimo humor, y no tardaría en averiguar por qué.

—¿Dónde está Eva?

—Un momento, joven.

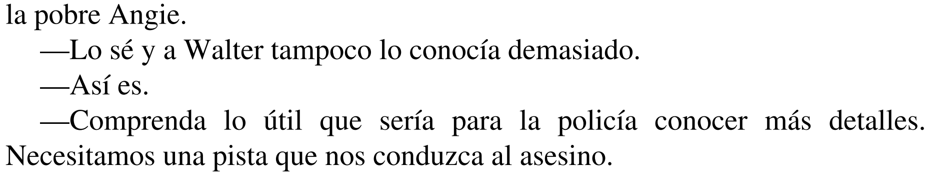
—¿Qué ha sucedido?

—¿Dónde ha pasado la noche? —interrogó, tajante.

—Parte trabajando y parte durmiendo.

—¿Hasta que hora ha trabajado?

—Las dos.
—¿Se puede comprobar?
—Sí, no estaba solo.
—En ese caso nos dará nombres que confirmen su coartada.
—Pero, ¿qué diablos ha ocurrido?
—Walter ha muerto.
—¿Walter? —exclamó, terriblemente sorprendido.
—Sí. Ya no hemos de contar con él como posible sospechoso.
—¿Cómo ha sido?
—De momento, sólo tenemos su cabeza. Por lo visto el asesino es muy expeditivo. Trajo hasta aquí la cabeza de Walter después de habérsela cortado y la arrojó a los pies de la señorita Eva.
—¿Y ella?
—Se llevó un gran susto, pero hay que agradecerle que nos llamara en seguida. Pese al estado en que se encontraba, no hizo como la otra chica y el desgraciado de Walter.
—¿El asesino le hizo algo a ella?
—No, pero el doctor le ha dado un calmante. Calculo que dentro de un par de horas será puesta en libertad la señorita Marlene y podrá venir a hacerle compañía.
—¿Y los perros?
—¿Se refiere a los perros policía?
—Sí.
—Tenemos una cabeza y nos falta el resto del cuerpo. —Se puso un cigarrillo entre los labios, le prendió fuego y se sentó en una butaca. Tras expulsar el humo, dijo—: Tenemos que charlar, sí, charlar. Aquí ocurren cosas muy raras. Eva habla de una especie de espectro, fantasma o especie de ser satánico. Por supuesto, yo soy pragmático y prefiero pensar que por aquí hay un psicópata suelto, puesto que por ahora no hay móviles para tales crímenes. Parecen asesinatos sin motivos, lo que no quiere decir que realmente no los haya. En ocasiones, se intenta engañar a la justicia, porque los asesinos siempre obedecen a una lógica. Lo que nos sucede a la policía es que generalmente no tenemos todos los datos precisos para comprender esa lógica. Si encontráramos el motivo de tan horribles crímenes, todo sería más fácil.
—¿Y cree que yo puedo conocer los motivos?
Shenider se encogió de hombros.
—Por lo que sé, desde que conoció a Eva comenzaron los crímenes. Primero una chica y luego, un joven, total una pareja. ¿Quién vendrá después?
—¿Quiere decir que espera más asesinatos?
—Ya le he dicho que los asesinos actúan bajo una lógica. Si ha matado a dos jóvenes y no les han robado, ¿por qué no matar a otro? Quizá sea un sádico que experimenta placer con esta clase de crímenes.
—Yo conocí a Eva, Marlene y Angie la misma noche en que fue asesinada



la pobre Angie.

—Lo sé y a Walter tampoco lo conocía demasiado.

—Así es.

—Comprenda lo útil que sería para la policía conocer más detalles. Necesitamos una pista que nos conduzca al asesino.

—¿No puede tratarse de un pariente o conocido de Angie?

—¿Y Walter?

—Quizá tuviera celos de Walter o algo así.

—¿Quiere decir que hubiera algún posible novio de Angie resentido?

—Es una posibilidad, ¿no?

—Sí, es una posibilidad y la estamos investigando.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta a mí?

—Porque quería conocer su opinión y si sabe algún detalle más que a nosotros se nos pueda haber pasado por alto.

En la puerta de la alcoba apareció la joven Eva. Estaba tan pálida que su aspecto era realmente fantasmal.

—¡Burt!

—¡Eva!

El comisario fue testigo de cómo ambos se abrazaban y no le cupo duda alguna de que se amaban.

CAPITULO VII

Burt se había llevado en el coche a Eva y a Marlene.

Las dos muchachas se sentían hundidas tras los últimos acontecimientos que cabía calificar como trágicos y sangrientos.

Burt había pedido por teléfono un par de días de permiso a la editora para la cual trabajaba en su recolección de datos y rellenado de fichas que eran necesarias para la enciclopedia que se estaba gestando.

Burt condujo sin prisas. Lo mismo Eva que Marlene se veían muy consternadas, los acontecimientos habían hecho mella en ambas y Burt había pensado que precisaban un poco de aire puro y tranquilidad en medio de la naturaleza, por ello, les había propuesto aquella salida.

Ambas, sin entusiasmo, habían aceptado. Las notaba desorientadas y era evidente que se hallaban al borde del peligro de caer en una locura por el terror.

Las dos jóvenes habían cogido unas maletas con lo necesario y las habían cargado en el coche, dejando sus propios vehículos frente a la vivienda que, pese a los airados deseos del casero, seguían ocupando.

Sin embargo, Burt había tenido la precaución de avisar al comisario Shenider del lugar adonde se dirigían por si necesitaba algo de ellos.

No estaba previsto el día ni mucho menos la hora del entierro de los cadáveres de Angie y Walter. Tenían que ser avisados los familiares de ambos para que se hicieran cargo de los despojos mortales.

Burt comentó:

—No había supuesto que Walter fuera el primogénito de una familia adinerada.

Marlene opinó:

—Se le notaba que era rico.

—Quizá pudo tener problemas con sus amistades de la alta sociedad y prefirió mezclarse con nosotros —dijo Eva.

—Sí, se mezcló con nosotros y ahora su familia y sus amistades podrán decir que lo que le ha ocurrido es lógico por haberse separado de ellos.

—La muerte es igual para todos —observó Burt que iba solo delante conduciendo. Eva y Marlene viajaban en el asiento posterior.

—Pero él jamás hubiera podido suponer que un ser satánico arrojaría su cabeza cercenada a los pies de una mujer y que luego su cuerpo sería encontrado en el interior de una alcantarilla.

—Será preferible que no habléis de eso —les pidió Burt.

—¿Por qué no? —Dijo Marlene—. Es cierto, el asesino arrojó el cuerpo decapitado de Walter a una de esas cloacas de las urbanizaciones. Los perros de la policía descubrieron el lugar del horroroso crimen y luego siguieron el rastro hasta la alcantarilla. Los perros ladraron mucho, se pudieron oír a mucha distancia en toda la urbanización y cuando la policía levantó la tapa de

la alcantarilla, encontró el cuerpo del Walter sucio por las aguas fecales.

—El asesino es un ser diabólico, yo lo he visto y si lo vuelvo a ver me temo que no podré resistirlo más.

—Si pudieras recordar algo más de él — le observó Burt.

—No es de este mundo, Burt, no lo es, puedo jurarlo.

—Lo malo es que lo has contado a la prensa sensacionalista y así lo han publicado. Creo que algunas familias han abandonado la urbanización donde vivís y otros han comprado perros de vigilancia. Dos horribles crímenes en tan poco tiempo es demasiado, aunque creo que con la vigilancia que la policía ha puesto ahora y las medidas de precaución y alerta de los vecinos, el asesino no volverá a hacer su aparición; lástima que los perros no siguieran el rastro del asesino en lugar del de su víctima.

Mientras seguían viajando, Marlene opinó:

—Será porque a los perros les es más fácil seguir el rastro de sangre que el de unas pisadas.

—Los perros no podrán hallar jamás el rastro de ese ser satánico —sentenció Eva—. No es de este mundo.

—Pero sí emplea sistemas brutales y sangrientos de este mundo para deshacerse de sus víctimas —puntualizó Burt.

—Sé que no te convenceré; eres un historiador, un hombre que se aferra a los hechos, a las fechas, a las descripciones exactas y que rechaza las leyendas, pero si lo hubieses visto como yo, ahora no pensarías que desvarío.

—No he dicho que desvaríes, sólo que estás muy impresionada por los sucesos sangrientos.

Su lugar de destino era una pequeña aldea próxima al mar. Abundaban los acantilados y las rocas que hacían difícil el acceso a tierra para las embarcaciones.

Aquella aldea había sido más de agricultores que de marinos debido a lo escarpado y duro de la costa, aunque no habían sido pocos los que practicaban la pesca con sedal, arriesgándose entre las espumeantes rocas.

—¿Está abandonada? —preguntó Eva al mirar las casas cerradas y con aspecto de soledad.

—Creo que quedan un par de familias, agricultores y criadores de ovejas, nada más.

—Aquí no vienen ni los veraneantes, no se pueden bañar pese a tener el mar a pocos pasos.

Detuvo el automóvil frente a la última de las casas; era muy antigua pero parecía conservarse bien.

—Hemos llegado.

—¿Es tuya? —preguntó Eva.

—Sí, aquí me crié. No os preocupéis, hay electricidad.

Tengo un televisor antiguo, de blanco y negro, pero funciona bien y un magnetófono con una buena cantidad de cassettes para dar ambiente.

Burt sacó una llave gruesa y abrió la puerta con ella.

La casa era muy vieja, pero tenía el mínimo de confort al que estaba acostumbrado el hombre moderno; sin embargo, el fluido eléctrico era vacilante, posiblemente debido a unas instalaciones ya caducas que no se renovaban.

Burt estaba seguro de que si algún día la línea de suministro se deterioraba gravemente, ya no se repondría por no considerarlo rentable la compañía.

—Es muy vieja esta casa —opinó Eva.

—Tan vieja que no sé en qué siglo la edificaron mis ancestros.

Marlene preguntó:

—¿Y habrá fantasmas?

Eva palideció. Se volvió hacia su amiga y le suplicó casi con mal humor:

—Ni los menciones.

—¿Sigues pensando que el asesino es un fantasma? —le preguntó Marlene.

—Sí, un fantasma, un espectro, un ser surgido del más allá, de entre los muertos, no lo sé. No es un ser humano vivo, mortal, como nosotros, no lo es.

—Yo no lo creo —dijo Marlene—. Es un loco asesino.

—Está bien, no hablemos más de ello, por favor. Piensa lo que quieras, pero no voy a discutir.

Burt tenía preparado un paseo hacia los acantilados rocosos, pero el día se fue estropeando. El cielo se había encapotado, pero el viento era apacible ahora.

—¿Paseamos un poco? —propuso Burt.

Las muchachas no pusieron muy buena cara pero aceptaron.

—¿Al acantilado? —preguntó Eva.

—Sí. —Bueno, vamos —aceptó Marlene—. Estiraremos las piernas, hemos pasado mucho rato sentados en el coche.

Salieron de la casa. Eva preguntó:

—¿No cierras la puerta?

—¿Para qué? Por aquí no pasan ni vagabundos.

—¿Y las familias que viven aquí?

—Si ven el coche sabrán que estoy. Posiblemente estén pastoreando las ovejas por los alrededores, hay buenos pastizales. Si les veo, ya les pediré que maten a un cordero pequeño y lo asaremos en la chimenea, veréis qué bueno.

Salieron caminando. El paseo hasta el acantilado no era muy largo; el suelo se iba haciendo más duro, más pedregoso y la vegetación más rala.

Comenzó a lloviznar y no llevaban paraguas aunque sí gabardinas.

—Será mejor que regresemos —propuso Burt—. Podemos volver a intentar el paseo mañana.

Dieron la vuelta bajo la fina lluvia que humedecía la tierra. No muy lejos divisaron una gran masa que se movía, luego unos ladridos de perros muy agudos.

—Mirad las ovejas —señaló Marlene, divertida.

A Burt le agradó que Marlene se sintiera mejor, que olvidara las duras

horas de interrogatorio que había tenido que soportar en la comisaría y también las miradas inquisidoras de los psiquiatras forenses que no parecían tener nada que ver con los psiquiatras privados que percibían unos honorarios por sus servicios.

Burt lanzó un largo y modulado silbido. Luego, se detuvo y se oyó otro silbido similar.

—Te han contestado —observó Eva.

—Sí, es Cugan, un viejo ovejero que sabe más de pastoreo que nadie.

Se refugiaron en la casa.

Burt salió de ella y estuvo algo más de media hora fuera. Cuando regresó, traía alimentos consigo.

Encendieron la chimenea-hogar y expulsaron el frío de la vieja casa.

Las llamas, como lenguas de fuego, crepitaron dentro de la gran chimenea-hogar hecha con piedra natural, oscurecida por los siglos de encender fuego allí.

Posiblemente allí, se habían condimentado alimentos de guerreros cuya memoria se había perdido en los tiempos.

Burt les contó algunas leyendas que conocía del lugar, pues no podía calificarlas de historias, ya que no había datos que las confirmaran.

Burt demostró que tenía aptitudes para cocinero y para alegrar el ambiente pese a su aire intelectual. Poco a poco, fue ganando el interés de las muchachas y ahuyentando de las mentes femeninas los trágicos y sangrientos problemas que les habían llevado hasta aquel lugar para olvidar y reponerse y Burt estaba consiguiendo sus propósitos con aparente naturalidad.

Mientras cenaban, se escucharon unos ruidos. Eva y Marlene se inquietaron, mirando en derredor. Burt las tranquilizó, diciéndoles:

—Es el viento.

Eva objetó:

—Si no hacía viento.

—Se ha levanto un viento súbito, es propio de este lugar. Hay ocasiones en que ulula de forma impresionante, no os asustéis. Aquí cuando el viento viene del mar, sólo el acantilado lo detiene, el que pasa por encima lo hace con mucha fuerza y tiene sabor a mar.

—¿Sabor a mar? —repitió Marlene, interesada.

—Sí, lleva microscópicas gotitas de agua de mar que arranca del rompiente de las olas que aquí se prolonga a lo largo de millas y millas y además muy fuerte.

Cuando comenzaban a tranquilizarse, se produjo un apagón de luz y de nuevo hubo inquietud en las muchachas. Eva, ya sarcástica, inquirió:

—¿Esto también sucede a menudo aquí?

—Sí —se rió Burt.

Se iluminaban con las llamas de la chimenea-hogar mientras la casa, ya caldeada, olía a leña quemada y a carne asada. La música del magnetófono luchaba por anular el ulular del viento.

El fluido eléctrico no parecía querer volver a ellos para iluminarles. Burt buscó unos cabos de vela y sólo encontró uno que mostró a las chicas.

—Sólo queda esto.

—¿Quién se la va a llevar? —preguntó Marlene.

—Siendo buenos compañeros, los tres.

Burt cogió un cuchillo y partió el cabo de vela en tres pedazos, colocó cada uno de ellos en unos platitos de loza repletos de grietas negras y los encendió. Después, entregó uno a cada una de las jóvenes y dijo:

—Será mejor ir a descansar.

Burt las condujo hasta sus habitaciones donde ya habían estado antes para dejar sus respectivas maletas y arreglar las camas.

Marlene fue la primera en encerrarse. Eva salió al corredor para inquirir en tono de cuchicheo a Burt mientras su pequeña vela iluminaba débilmente la habitación y la que llevaba Burt para sí llameaba en el corredor.

—¿Has cerrado bien la entrada?

—¿Te refieres a la puerta que da a la entrada?

—Sí.

—Descuida, está cerrada con llave por dentro y estos cerrojos antiguos no son ninguna tontería, no están hechos en serie.

—¿Y no se puede entrar por ninguna otra parte?

—No. Las ventanas tienen rejas muy antiguas que servían para impedir que los piratas que llegasen a la costa y escalasen los acantilados entraran sorpresivamente en las casas.

—¿Vikingos?

—Sí, pero eso ya pasó.

Con su mano libre, cogió la cintura de Eva y la atrajo hacia sí.

—¿Qué haces?

—Tus besos son una droga y yo me he viciado.

—Te vicias muy pronto.

—Cuando la droga es de calidad superior, no puedo remediarlo.

—Pues, habrá que dártela a pequeñas dosis...

—¿Temes que me mate con una sobredosis?

—¿Tú crees que eso podría ocurrir?

—No sé, probemos.

Eva se dejó besar y besó. Notó que se estremecía, que le gustaba sobremanera la caricia labial de Burt, que le sería muy difícil resistir si la empujaba hacia el interior del cuarto.

Se sentía dominada por el influjo masculino que transpiraba Burt; sin embargo, el joven historiador se apartó lentamente de ella, expulsando el aire de sus pulmones como si le costara un gran esfuerzo dejarla sola.

—Buenas noches, Eva, que duermas bien y si oyes ruidos, no hagas caso, es el viento. La casa es vieja y no digamos el tejado. Cuando el viento se mete entre las tejas, forma casi una sinfonía patética.

Eva no respondió, no podía decir nada; de hablar, le hubiera pedido que

continuara besándola, porque aquel contacto, aquella comunicación sensual, era lo más maravilloso que le había ocurrido en la vida y deseaba repetirlo, prolongarlo.

Pero, lo dejó marchar y ella se retiró al interior del dormitorio. Cerró la puerta y se acercó a la ventana para mirar hacia el exterior.

Llovía a ráfagas y el viento arrojaba la lluvia contra los ventanales, como queriendo traspasarlos, mojando las paredes.

Marlene también se aproximó a la ventana. Las gotas de lluvia no le dejaron ver fuera. ¿Había algo que ver?

Cerró el postigo y tuvo la sensación de que alguien había no muy lejos de ella. Era una sensación extraña, pero real y lo mismo que le sucedió a Eva, pero ambas prefirieron acostarse.

Deseaban dormirse rápidamente para despertar frente a un nuevo día que les brindara la luz del sol, como si el sol fuera un eficaz antídoto contra lo diabólico, lo oscuro, lo siniestro.

Estaban fatigados, especialmente Marlene. El sueño vino a ellos y los poseyó, como el más cauteloso y suave de los amantes; sin embargo el sol, la luz, aún estaban lejos, muy lejos de su alcance.

A ninguna de las dos les extrañó sentirse desasosegadas, con la impresión de que aparte de ellos tres, alguien más merodeaba la vieja casa que ni siquiera Burt sabía cuándo fuera edificada.

Sin saber cuánto tiempo llevaba dormida, Marlene despertó súbitamente.

Quedó con los ojos abiertos. Estaba segura de que había sido un ruido lo que la arrancara de su profundo sueño.

Por un instante, se preguntó dónde estaba. Tuvo miedo.

En su mente, como primera imagen, vio a Angie abriendo la puerta. Después, la sombra oscura que surgía en la noche y hundía el larguísimo y terrorífico cuchillo en el cuerpo de su amiga.

Recordó los largos interrogatorios de la policía, la profunda angustia... Todo pasó rápido, como el relámpago que como árbol ígneo, desfoliado caía desde el cielo como un sarmiento que estira sus ramas esqueléticas. Después, el ruido de una puerta, del viento. Sí, hacía una noche tormentosa, una noche que no era agradable.

No había fluido eléctrico y no podía buscar con la mano un interruptor para iluminarse y arrojar lejos a los fantasmas que la acosaban y perturbaban.

De nuevo, otro ruido, demasiado cercano ahora para pensar que provenía del exterior, un ruido que no era el del viento que hace golpear una tabla medio suelta.

—¡Ah!

Se encendió un foco de luz que la cegó momentáneamente.

—¿Quién es?

—Si gritas te corto el cuello —le advirtió una voz ronca, agresiva, tan desagradable como amenazadora.

Marlene tenía los nervios tan tensos que no los pudo contener y se le

dispararon.

—¡Nooo! ¡Auxilio!

Fue un grito incontenible, desesperado.

Aquel ser que había irrumpido en su habitación en mitad de la noche, se arrojó sobre ella. Notó una mano que, como una garra, casi la estrangulaba.

—¡No grites, no grites, sólo quiero saber, saber...! —rugía.

—¡Auxilio! —gritó Marlene como pudo.

Desde la otra habitación, Eva llamó:

—¡Marlene!

Se escucharon pasos apresurados, absorbidos por un trueno que hizo temblar la casa hasta los cimientos.

La luz se había apagado. En la habitación irrumpió Burt llevando entre sus dedos el pequeño cabo de vela encendido.

—Marlene, ¿qué pasa?

Un durísimo golpe en el cráneo con algo contundente hizo temblar a Burt, al cual se le escapó la pequeña vela que rodó por el suelo sin apagarse, mientras Marlene chillaba desesperadamente. Burt se golpeó contra la pared y luego las rodillas se le doblaron.

El furtivo ser saltó al corredor para huir, encontrándose de frente con Eva, la cual lo vio como una sombra que se abalanzaba sobre ella.

Eva también chilló con todas sus fuerzas que le daban sus pulmones y aguantaban sus cuerdas vocales. Aquel ser la empujó violentamente a su paso y saltó escaleras abajo.

—¿Dónde está? —preguntó Burt, tambaleándose.

—¡Abajo, abajo! —Le gritó Eva—. ¡No vayas, es el diablo!

—¿El diablo? Un ser que golpea como me han dado en la cabeza no es el diablo. Ve con Marlene y cierra la puerta.

Burt bajó a la planta de la casa y vio la puerta abierta. Una cortina de lluvia caía de una forma violenta. Tal como estaba, saltó a la calle y notó que el agua le caía encima como si tratara de disolverlo.

Miró a un lado y a otro; conocía la aldea e intuyó por dónde podía haber escapado el visitante nocturno.

Corrió por la calle empedrada mientras la tormenta parecía estar en su apogeo. Empapado, cegado por la lluvia, tropezaba en la noche, iluminándose con la luz de los relámpagos.

De pronto, escuchó un ruido inconfundible. Casi inmediatamente se encendieron los faros.

Burt corrió hacia él, pero el coche rodó bajo la lluvia, queriendo escapar.

Se agachó, tomó un guijarro en su mano y lo arrojó contra el coche con la vana esperanza de detenerlo cuando sólo era una expresión de impotencia ante lo inevitable.

Se escuchó el fuerte golpe.

El conductor hizo un giro brusco con el volante mientras la lluvia apenas dejaba ver los caminos, sin embargo, Burt los conocía bien y pese al aguacero

con relámpagos y truenos que caía sobre ellos, se percató inmediatamente de que si el conductor trataba de huir, se había equivocado de camino.

—¡Eh, espere! —gritó Burt bajo la lluvia que le empapaba y le hacía chorrear mientras corría tras el automóvil fugitivo.

Aquel camino conducía al acantilado y el espacio a recorrer era muy corto si se hacía en automóvil y a gran velocidad.

Vio alejarse las luces de señalización, pero corrió desesperadamente tras él, no dándose por vencido, pese a que sus esperanzas de detenerle eran vanas.

El automóvil, lanzado a gran velocidad, con el pie pisando a fondo el acelerador, rebasaba con facilidad los baches recubiertos de hierba o rellenos de agua.

En mitad de la noche oscura, los faros apuntaron al cielo sobre el horizonte del mar y cuando las ruedas delanteras giraron en el vacío, el coche se inclinó para caer desde el vacío hacia las rocas, donde las olas se rompían en grandes espumarajos, como si el mar, más furioso, estuviera rabioso.

Burt vio desaparecer las luces de señalización.

Cuando llegó al borde, cayéndole el aguacero, no vio nada. El mar seguía rugiendo siempre bajo él, como cuando era un niño; al parecer, nada había cambiado hasta que un vivísimo relámpago iluminó la escena por un instante.

Fue suficiente para que Burt viera con sus propios ojos el automóvil incrustado entre las rocas y las olas estrellándose contra él como si fuera una roca más a rellenar de espuma.

CAPITULO VIII

Los especialistas de la policía lograron enganchar el coche con los garfios que se hallaban al extremo de los cables.

Uno de aquellos arriesgados hombres movió la mano y la grúa se puso en funcionamiento con un ruido monótono.

Los cables se tensaron y los hierros comenzaron a gruñir, a retorcerse. Las rocas no parecían dispuestas a soltar su presa.

La fuerza mecánica de la grúa venció a la roca y en medio de unos chirridos estremecedores que el oleaje, al romper contra las rocas, no conseguía amortiguar, el automóvil destrozado fue izado. Hierros, plásticos y cristales se desprendían de él.

El juez, la policía, Burt, Eva y Marlene, todos estaban atentos incluidos los camilleros de la ambulancia.

Cuando el destrozado automóvil fue depositado en el suelo, aún chorreaba agua.

El comisario Shenider se acercó para ver al hombre que permanecía atrapado por el volante roto. Lo miró a través de la ventanilla sin cristal.

El juez también se acercó y luego lo hizo Burt.

—¿Le conoce?

Burt miró a aquel rostro destrozado. Posiblemente, la cresta de una de las rocas había traspasado el cristal parabrisas y le había alcanzado de lleno en el rostro.

—¿Cómo cree que puedo reconocer esta cara deshecha?

—Sí, está destrozado, pero conserva las manos y de ellas podremos sacar las huellas necrodactilares para su identificación.

—Será mejor que las chicas no lo vean, ya han pasado bastante.

—Bien, tampoco iban a poder reconocerle. ¿Qué cree que trató de hacer?

—No pienso que se suicidara, si no que se equivocó de camino. Al parecer no conocía este lugar y bajo la tormenta...

—No me refiero a eso, si no a la casa, asaltando a las chicas...

—Lo ignoro, como no se trate de un loco...

Eva y Marlene, se mantenían a distancia. No llovía, pero el ambiente era frío y húmedo.

Burt fue a su encuentro mientras el inspector de policía escuchaba por el radioteléfono, tomaba unas notas y luego esperaba para dirigirse hacia el comisario Shenider y el juez.

—¿Quién es? —preguntó Eva.

—No lo sé, y es preferible que no lo veáis.

—Es horrible, ¿verdad? —inquirió Eva de nuevo.

—Está horrible, pero no tenía por qué serlo antes. Una caída por el acantilado siempre es horrible.

El comisario Shenider, después de hablar unos minutos, se acercó a los

jóvenes que al percatarse de que iba hacia ellos, clavaron sus miradas en él.

—¿Alguno de ustedes conoce a Ronald Traub?

Los tres escucharon el nombre pronunciado por el comisario y después se miraron entre sí, interrogantes.

—¿No recuerdan ese nombre?

Burt respondió:

—Yo no lo he oído jamás.

—Yo tampoco —declaró Eva.

—¿Y usted, Marlene? Precisamente, la atacó a usted.

—No, no he oído nunca ese nombre. ¿Es el hombre del coche?

—Sí, eso creemos por ahora; habrá que comprobar las huellas necrodactilares, no obstante. El nombre lo hemos sacado por matrícula del coche y los datos que tenemos por encima, coinciden con el muerto, aunque repito, que hay que hacer comprobaciones exhaustivas.

—Pues, parece ser que no le conocen —dijo Burt de nuevo.

—Es muy raro.

—¿Por qué? —preguntó Eva.

—Porque Ronald Traub era el esposo de la asesinada Angie.

—¿Angie casada? —exclamaron casi al unísono Eva y Marlene.

—Sí. ¿No lo sabían?

—No, no lo sabíamos.

—Vivían separados, su matrimonio estaba en trámites de divorcio, divorcio que aún no se había fallado, de modo que aunque cada cual viviera por su cuenta, legal y jurídicamente continuaban siendo marido y mujer.

—Jamás nos habló de ello. Es muy raro, ¿no? —objetó Marlene.

—Angie era reservada y bebía un poco de más —expuso Eva.

El comisario Shenider añadió:

—Por ello tuvo facilidad para tomar droga. Era una mujer inestable, eso es evidente. —Hizo una pausa para sacar un cigarrillo y encenderlo, seguro de que todos esperarían un silencio a que volviera a hablar—. Entonces, ¿no conocían a Ronald Traub?

—No.

—Pues él sí parecía conocerles, de otro modo no se explica ese ataque nocturno, lo que no entiendo es cómo pudo entrar en la casa.

Burt explicó:

—Durante un paseo, dejamos la puerta abierta. Aquí no hay ladrones, pero, por lo visto ese hombre nos estuvo siguiendo, primero en coche hasta aquí sin que le advirtiéramos. Al salir nosotros de paseo, debió introducirse en la casa y esconderse para aguardar a la noche. La casa es grande y esconderse resulta fácil. Yo, de niño he jugado mucho al escondite aquí dentro.

—Trataremos de conocer todos los pasos dados últimamente por Ronald Traub y si no hay tropiezos, podremos demostrar que el asesino de la urbanización como ya le llaman, era él.

—Pero, ¿por qué? —inquirió Marlene.

—Celos, rencor, ¿quién sabe? Ahora, un psiquiatra ya no podrá averiguarlo. Está claro, que primero asesinó a su mujer a la que creía infiel. Luego, mató al que dedujo que era su amante, que por cierto, murió la misma noche y no después. Así lo han confirmado los forenses después de practicada la autopsia al cadáver encontrado en la alcantarilla.

—¿Quiere decir que este caso van a cerrarlo? —preguntó Burt.

—Seguro. Ronald Traub, si confirmamos que el cadáver es de él y no otro, es el asesino de la urbanización. Tenía motivos, celos demenciales, deseos de venganza, un motivo que han venido prodigando excesivamente a lo largo de la historia de la humanidad.

—Si ya había matado a Angie y luego al que creía su amante, ¿por qué me atacó a mí?

El comisario miró a Marlene. Expulsó el humo del tabaco por la nariz y con el aire casi paternal de quien posee todos los triunfos en su mano, explicó:

—Era su único testigo en contra. Cuando mató a Angie, usted estaba en la casa lo mismo que Walter. Muertos los dos, nadie podía acusarle.

—Un momento, comisario.

—¿Sí? —Miró a Eva.

—¿Por qué arrojó a mis pies la cabeza envuelta en aquella ropa blanca, por qué lo hizo?

Se encogió de hombros antes de responder.

—¿Quién puede saberlo? Nos hallamos ante los hechos trágicos causados por una mente enferma. Dar teatro a su crimen, ponerlo a la vista para que fuera descubierto con prontitud o quizá, en el fondo, de forma subconsciente, buscaba su propio castigo.

—¿Cómo?

—No lo sé, un psiquiatra podría explicarlo mejor, yo sólo soy un policía. Ahora tengo el cadáver del asesino y para mí es suficiente, no he de escribir un tratado sobre celos psicopáticos.

—Mejor que todo se haya resuelto, comisario —dijo Burt—. Lo que nadie podía pensar es que ese hombre fuera el marido de una chica a la que todos creíamos soltera.

—Nosotros ya sabíamos que estaba casada, pero era mejor no asustar al hombre al andábamos buscando, esperábamos que se confiase.

—¿Y darle tiempo para que me matara a mí? —preguntó Marlene.

El cadáver extraído del interior del coche fue colocado en la camilla y encerrado en la ambulancia con la cara cubierta. Fue entonces cuando Eva tuvo una sensación angustiosa que no supo explicar pero que le hizo pensar que aquellos despojos humanos no tenían nada que ver con el ser satánico que en mitad de la noche la arrancara de su lecho para llevarla a un desconocido lugar donde pretendía enterrarla viva.

CAPITULO IX

Tenía una necesidad acuciante de dormir, dormir con profundidad, y se impuso dormir diez horas seguidas como mínimo. Su cuerpo lo necesitaba; por ello, había preferido cenar muy pronto y acostarse pronto también, pues al día siguiente pensaba presentarse en las oficinas del Medical Center para proseguir su habitual vida laboral.

Marlene, por teléfono, le comunicó que llegaría un poco más tarde y Eva le había respondido que si la encontraba dormida, no la despertara y evitara ruidos innecesarios, pues precisaba descansar.

Miró su reloj de pulsera, comprobando que ya había hecho la digestión.

El agua caliente estaba lista y se desnudó, deslizándose en el interior de la bañera. Un baño relajante le ayudaría a dormir.

Las casas antiguas como la que Burt poseía cerca de los acantilados tenían su encanto, pero Eva prefería el confort de las viviendas modernas siempre que no estuvieran edificadas bajo el impulso de la especulación, con escasez y malos materiales.

Le bastaron diez minutos sumergida en el agua caliente en la que había mezcladas sales de frutas para sentirse bien. Abandonó la bañera, sentía sus poros abiertos.

Se secó y no quiso pasar por la impresión de una ducha de agua fría que cerrara sus poros y la despejara, deseaba dormir.

En su dormitorio sonaba la música de una cassette que había colocado en el pequeño magnetófono de parada total y automática al terminarse la música.

Se acostó después de cubrir su cuerpo con una vaporosa y casi transparente camisa de dormir de color lila claro. Apagó las luces y dejó que la música siguiera sonando hasta que concluyera la cassette.

Esperaba que, para entonces, ella ya habría caído en los brazos de Morfeo. Siempre cabía la posibilidad de que sonara el timbre del teléfono, despertándola, pero confió en que aquello no pasara.

Cuando la música cesó y el pequeño aparato se silenció, deteniéndose automáticamente, Eva ya estaba profundamente dormida.

Unos golpes fuertes, muy fuertes, distanciados entre sí por un tiempo no inferior a los dos segundos, la despertaron.

Abrió los ojos. En torno suyo, la oscuridad, el silencio, salvo aquellos golpes que, evidentemente, eran una llamada.

Una fuerza extraña que se proyectó sobre ella la obligó a levantarse. Tanteando, llegó hasta la puerta del dormitorio, la abrió y tuvo la sensación de que la casa estaba helada.

Nada más saltar de la cama se había calzado las finas zapatillas ribeteadas con plumas de marabú teñidas en lila.

—¡Marlene, Marlene! —gritó de nuevo.

No obtuvo respuesta.

Aquellos golpes la obsesionaban, semejaban ir a derribar la puerta. Eran golpes contundentes; más que llamar, exigían.

Quiso resistir, impedir que su mano fuera hacia el pomo de la cerradura, pero no lo consiguió. Su mano temblaba por el esfuerzo de resistencia que hacía.

Tomó el pomo, lo giró y abrió la puerta.

Frente a ella estaba aquel ser satánico surgido del más allá, quizá del averno, alto, vestido con larga capa negra, la cabeza cubierta por la capucha y un rostro que no le parecía humano.

—Vamos —ordenó con su voz ronca de ultratumba, tajante e imperiosa, a la que Eva quería resistirse sin conseguirlo.

—No, no, se lo suplico, déjeme, déjeme...

La mano que había estado golpeando la puerta la agarró por la muñeca y estiró de ella, sacándola de la casa con tal brusquedad que Eva medio cayó.

Dobló una rodilla con la que tocó el suelo, pero el ser de la capa y la capucha negra no tuvo piedad para con ella y siguió con su largo y firme paso alejándose de la casa. Eva perdió las zapatillas y se vio obligada a seguirle.

La noche era fría y gélida, la joven temblaba más por el terror de aquella situación que por el frío nocturno.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritó para llamar la atención de las demás casas; sin embargo, nadie pareció oírla.

Vio los árboles desnudos y se le enturbió la visión como si sus ojos se hubiesen llenado de jirones de niebla.

Se vio caminando por encima de la hierba mojada con sus pies desnudos. Recordó aquel bosque, el claro donde se detuvieron y el grupo de sombras espectrales que avanzaban en la noche, salmodiando rituales satánicos.

Escuchó horrorizada las frases del ser satánico que hacía la entrega de la cautiva que era ella a los seres surgidos de ultratumba, con sus rostros esqueléticos, con colgajos de cabellos y piel, seres horrorizantes que Eva no deseaba mirar.

Al igual que le ocurriera la vez anterior, la cogieron entre sus manos que la oprimían y la encerraron en el ataúd con tapa de cristal que le impedía moverse. No podía escapar a su destino.

El féretro, llevado procesalmente por el cortejo infernal, se balanceaba al extremo de las manos esqueléticas.

—¡Por favor, Sáquenme de aquí, Sáquenme de aquí! —gritaba; lo único que conseguía era que el vapor que llevaba su aliento enturbiara el cristal.

Se encendieron las antorchas en torno a la fosa y las cuerdas fueron pasadas por las asas y por debajo del ataúd que se balanceó en el aire antes de comenzar a descender hacia el interior de la tierra.

Miraba enloquecida las antorchas encendidas que iluminaban aquellos rostros espectrales de cuencas vacías, unos rostros desdentados que continuaban salmodiando diabólicas letanías.

—¡Nooo, nooo!

En vano gritó, el ataúd seguía descendiendo.

Bajo sus espaldas notó que el féretro había tocado fondo. Soltaron e izaron las Cuerdas y Eva, encerrada en el ataúd con tapa de cristal, quedó en el fondo de la sepultura a la que comenzaron a arrojar paladas de tierra.

Cada palada fue como una cuchillada en el cuerpo, en el espíritu femenino.

El pavor se había apoderado de la muchacha que desesperadamente trataba de escapar de su entierro.

Sobre ella, el rectángulo de la fosa quedaba iluminado por las antorchas. Apenas podía ver los rostros infernales de aquellos seres porque la fosa era muy profunda, demasiado profunda.

Unas paladas más y Eva dejó de ver.

Su destino era terrorífico, ser enterrada viva.

CAPITULO X

Se sintió sacudida por el hombro y abrió los ojos; de inmediato, descubrió a su amiga.

—¡Marlene!

—¿Qué te pasa, Eva? Estás azulada, como asfixiada. ¿Qué te ocurre, te encuentras mal?

—¡Marlene!

Se incorporó, abrazándose a su compañera para sollozar convulsivamente.

—Vamos, vamos, ¿has tenido una pesadilla?

—Marlene, tengo pesadillas horribles.

—Pero, ¿qué clase de pesadillas?

—Me entierran viva, me asfixio.

—Tendrás que ir al médico para que te revise la nariz, la boca la garganta y los pulmones, quizá no respires bien. He oído decir que eso provoca pesadillas.

Eva dejó de sollozar. Estaba viva, era de día y Marlene la acompañaba, todo había sido un mal sueño.

—Vas a tener que ponerte algún colirio en los ojos, los tienes enrojecidos.

—Sí, sí. Tú no estabas, ¿verdad?

—No, he llegado ahora.

—Dijiste que vendrías anoche, más tarde, pero anoche.

—Verás, pensaba venir, pero Alain, ya sabes, aquel tipo que conocí hace unos meses...

—No recuerdo.

—Pues, te hablé de él.

—Me hablas de tantos.

—Ese sí me interesa. En fin, me llevó a una fiesta, no sé si era el cumpleaños de alguien. La verdad es que estaba lleno de gente del cine y se nos ha hecho de día, no vayas a pensar otra cosa.

—Creo que no podré volver a dormir sola jamás en esta casa.

—Tonterías, estás demasiado influenciada por todo lo ocurrido.

—Por lo que veo, tú te has repuesto muy pronto.

—Sí, la vida sigue. Habiendo muerto el asesino, no hay por qué temer nada. Quién iba a suponer que Angie estuviera casada... Lo tenía bien oculto, ¿verdad?

Eva se repuso, la presencia de Marlene la confortaba; sin embargo, no podía olvidar aquélla pesadilla que se había repetido por segunda vez y cuyo significado no alcanzaba a comprender.

Desayunó, se despidió de Marlene y tomando su cochecito, rodó hacia el Medical Center.

Se había puesto gafas de sol para ocultar la irritación de sus ojos.

El administrador-jefe le preguntó con su habitual voz meliflua mientras se

frotaba las manos:

—¿Se encuentra bien, Eva?

—Sí, gracias; todavía tengo malos recuerdos pero estoy bien.

—Me alegro, fue horrible, pero el asesino de la urbanización encontró su propio castigo cayendo por el acantilado. La policía trabaja bien, como siempre.

—Sí —respondió de una forma maquinal, aunque luego se preguntó qué era lo que la policía había hecho en todo aquel asunto.

La prensa se había hecho eco de lo sucedido y de la muerte de Ronald Traub al que la policía, de forma oficiosa, consideraba el temido y sangriento asesino de la urbanización, pues faltaba que el juez sentenciara al respecto.

A Eva no le gustaba hablar con el administrador, no simpatizaba con él y estaba contenta de no trabajar directamente bajo su mando.

Estuvo poniendo en orden sus cosas y luego se alejó de la secretaría para internarse por los corredores del Medical Center.

No se fijó en el ir y venir de las enfermeras, de los médicos incluso de algunos familiares de pacientes que en aquel gran centro sanaban o morían, pues no todos salían por su propio pie de regreso a sus hogares.

La muerte estaba siempre agazapada, esperando en los quirófanos armada con su guadaña y una patética sonrisa en su rostro de calavera. Cada día, aquel filo de guadaña cortaba algo más que el viento.

Antes de aquellos trágicos días, Eva no había sido amiga de pasear por los corredores del Medical Center a cuyos lados se abrían las puertas del dolor y de la muerte.

No podía decirse que no había alegría, sí la había, la de quienes sanaban, los que se recuperaban de sus dolencias, los que veían extirpados de sus cuerpos los tumores torturantes y decenas y decenas de enfermedades que la ciencia conseguía dominar.

A Eva no le gustaba la sangre, había preferido ser una buena secretaria a una enfermera o médico porque el dolor ajeno la estremecía, la convertía en su propio dolor y el que sufre, le dijo alguien una vez, es mal sanador.

Se había aprendido ya el camino hacia la psiquiatría.

En el pasillo, un mozo de la limpieza dejaba los suelos limpios y brillantes.

La puerta de la salita de espera permanecía entornada; la empujó mientras el mozo le lanzaba una ojeada de admiración. Era una muchacha joven, espigada y hermosa, era una mujer que atraía.

En otras ocasiones, sentía las miradas sobre su cuerpo, sobre sus curvas femeninas, sin embargo ahora, la preocupación, la angustia, le impedían poner atención en torno suyo. Su deseo era ver al psiquiatra.

La salita, como siempre que acudía ella, estaba vacía.

Luego, la antesala del despacho, también estaba vacía, nunca encontraba a la enfermera que le diera paso. Los archivos cerrados con llave, la mesa limpia, sin papeles.

Empujó la puerta y encontró al doctor Emerson, absorto sobre un bloc,

iluminándose con una luz de mesa.

—Siéntese —pidió sin mirarla.

Eva miró la butaca y luego el diván. En vez de sentarse en la butaca, fue al diván y se tendió en él, tratando de relajarse.

Pudo oír los pequeños ruidos que hacía el doctor Emerson al levantarse, luego, lo notó cerca, sentado junto al diván.

—¿Siguen las pesadillas?

—Sí, doctor.

—Parece que al asesino al que tanto temía lo han enterrado ya, ha dejado de ser una pesadilla.

—Así es, doctor, pero quizá...

—¿Quizás qué?

—Quizás no sea él.

—Bueno, no creo que yo deba tratar un tema policial. Es el comisario, el juez, luego un jurado...

—Sí, doctor, pero yo...

—¿No se ha librado de ese ser terrorífico que la acosa?

—No, no me he librado de él.

—¿Qué es lo último que le ha ocurrido?

—Ha vuelto a buscarme.

—¿Cuándo?

—La noche pasada.

—Y se fue con él.

—Sí.

—¿Adónde?

—Al mismo lugar que le conté, a un claro de un bosque desconocido donde había una fosa muy profunda donde me descendieron encerrada en un ataúd con tapa de cristal.

—¿Cómo la otra vez?

—Sí, me rodearon de antorchas y me arrojaron tierra. Después, desperté.

—Una pesadilla que se repite... ¿Qué explicación le da?

—No lo sé. Me siento perdida, doctor, ayúdeme.

—Tiene que ayudarse usted misma, Eva, es usted quien debe arrancar los fantasmas de su cerebro.

—¿Por qué, por qué me acosa ese ser satánico? Sé que es el diablo.

—¿Por qué lo sabe? ¿Se lo ha dicho?

—No.

—¿Entonces?

—Es algo que se intuye, es el mal convertido en ser. Su rostro, su forma de mirar, sus seguidores, seres horribles salidos de la tumba...

—Todo son pesadillas.

—¿Y si no lo fueran? —inquirió temblando.

—No pueden ser reales. Lo que muere, no revive. Sólo se habla de ello en la mitología, en las religiones, pero la ciencia no lo admite.

—Usted es un científico, doctor, se niega a creerlo, pero yo he salido de la casa por la noche. Siempre encuentro las zapatillas fuera. ¿Cómo es posible que estuviera soñando en la cama y las zapatillas estuvieran en el jardín?

—Puede ser un acto de sonambulismo.

—¿Quiere decir que viviendo esa pesadilla salgo a la calle y vago por los bosques?

—Es una posibilidad.

—Me cuesta creerlo.

—Sería mejor que buscara la razón de esos fantasmas, el porqué de ese temor a ser enterrada viva.

—Lo ignoro, no había tenido pesadillas de esa clase antes de ahora, precisamente ahora cuando Angie y Walter han muerto asesinados.

—No olvide que la primera pesadilla la tuvo antes de que muriera ninguno de los dos.

—Es cierto. Es como si algo maléfico nos hubiera envuelto, en un mal presagio, una maldición.

—¿Tiene miedo a la oscuridad?

—Si se refiere a fobia, no, no la tengo, aunque no me agrada la oscuridad. No me siento a gusto en ella, pero no soy de las personas que se ven obligadas a dormir con una luz piloto encendida.

—¿Y en la niñez?

—Tampoco, no fui una niña asustadiza.

—¿No le hablaron de Satán?

Quedó un poco pensativa antes de responder.

—Quizá sí; a todos nos hablaron de Satán y sus poderes del mal.

—Debemos profundizar en sus temores.

—No los tengo, no los tengo.

—Debe haberlos. Satán es la expresión del Mal y el Mal nos acosa cuando lo hemos practicado. Hay que ahondar, deberá hablar y hablar.

—Pero, ¿de qué, de qué?

—De lo que se le ocurra.

—No entiendo.

—Cuénteme cosas de su niñez.

—¿Cuáles?

—No sé, cualquier cosa, aunque mejor sería las que le produjeron alguna sensación.

—No recuerdo nada, nada.

—Relájese, relájese...

CAPITULO XI

—Tienes mal aspecto.

Burt hizo su observación en medio de los murmullos que formaban las conversaciones en tono bajo que realizaban en la cafetería donde se habían citado.

—Burt, para mí la pesadilla no ha terminado.

—¿De qué pesadilla hablas?

Eva le contó la pesadilla que había tenido. Al concluir ella su relato, mientras le cogía las manos para transmitirle su fuerza, Burt dijo:

—Estás excesivamente sensibilizada por las tragedias ocurridas, va a costarte mucho olvidarlas.

—Sí, estoy obsesionada por lo sucedido y hay algo muy importante, terriblemente importante.

—¿El qué?

—Las pesadillas comencé a tenerlas antes de que ocurrieran los horribles crímenes.

—¿Y a qué lo crees debido?

—No lo sé, estoy en manos del doctor Emerson.

—¿Doctor Emerson?

—Sí, es uno de los psiquiatras que hay en el Medical Center.

—¿Y te parece que es buen psiquiatra?

—No sé cómo puedo determinar yo si un psiquiatra es bueno o malo, lo que sé es que le estoy contando mis pesadillas.

—¿Y el qué dice?

—Que hable.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que se me ocurra, pero no consigo encontrar nada que aclare mis pesadillas.

—¿Las tenías antes?

—No.

—¿Te acuerdas algo del bosque a dónde vas?

—No.

—Todo te parece como una estampa del Medioevo, ¿verdad?

—Sí, horrible, satánica.

—¿Como una procesión de flagelantes en medio de la niebla nocturna?

—Peor.

—¿Has visto algún cuadro que te recuerde a esas pesadillas?

—No sé. He visitado muchos museos, es cierto, y algunos cuadros me han impresionado, por su belleza, por su delicadeza, otros por su perfección y algunos por la crueldad que reflejan.

—¿Y no podría ser uno de esos cuadros los que hubieran influido en ti?

—No sé, no recuerdo, he tratado de hacer memoria junto al doctor

Emerson.

—Deberías hacer un esfuerzo.

—No insistas, Burt, no me atormentes, ya lo ha hecho bastante el doctor Emerson.

—Bueno, dejémoslo por el momento. ¿Le has contado a alguien más todo este asunto de tus pesadillas y las consultas al psiquiatra?

—No.

—Mejor no lo hagas. La prensa sensacionalista podría dedicarte un artículo que no te gustaría. El asesino de la urbanización ha dado mucho de que hablar.

—Lo sé. Se ha hablado de locos y sólo faltaría que yo dijera que estoy en tratamiento psiquiátrico.

—Veo que lo has comprendido.

—Estoy muy preocupada.

Pagaron y abandonaron el local. Caminaron sin rumbo por la ciudad, anochecía y el suelo estaba mojado.

—A Marlene no le ocurre lo que a ti, ¿verdad?

—No, ella parece haberlo superado todo, aunque me ha dicho...

—¿Qué te ha dicho?

—Que se irá.

—¿Adónde?

Eva se encogió de hombros.

—Me quedaré sola y no quiero vivir sola en aquella casa. Por otro lado, aunque gano un salario aceptable, la casa es demasiado cara para mis posibilidades.

—Podríamos hablar de eso.

—¿Quién, tú y yo?

—Sí.

Ella sonrió para preguntarle después:

—¿Quieres venir a vivir conmigo?

—No exactamente. Yo vivo en un apartamento buhardilla en la ciudad.

—No me has hablado de él.

—¿Qué te parece si lo vemos ahora?

—¿Vives con alguien más?

—No, vivo solo. Verás, soy un poco desordenado cuando debería ser todo lo contrario, dejo las fichas por todas partes aunque luego, como nadie las toca, las encuentro y no se pierden.

—Me gustaría verlo.

—¿Te parece ahora?

—¿Ahora? Se hace de noche y tendré que regresar.

—Ya te acompañaré yo. ¿No me has contado que lo pasaste muy mal porque Marlene no se presentó en toda la noche?

—Sí.

—Si tú llegas tarde no sucede nada, ¿verdad?

—Pues no. —Sonrió, ahora abiertamente, y se cogió del brazo del hombre —. Vamos, pero nada de hacerte el Casanova, ¿eh?

—Siempre con tus limitaciones.

Burt la llevó a su apartamento que se hallaba en lo alto de un edificio de cinco plantas que no podía catalogarse de viejo y cuya conservación era buena, casi señorial y en lo que más se notaba era en el silencio ambiental.

El apartamento-buhardilla, originariamente, había sido un desván muy grande, pues la pieza principal era amplia.

Se le había puesto suelo y mejorado las paredes, también » se habían levantado unos tabiques divisorios gracias a los cuales había podido constituirse una alcoba con ventana inclinada en el techo que sólo se podía abrir si no llovía.

El baño era pequeño pero suficiente y en la gran pieza principal había tres sofás y dos estufas metálicas panzudas para quemar carbón, serrín o lo que se le echara. Aquella pieza, según Eva, tenía un indudable encanto.

—Parece sacada de una novela de la bohemia de París.

—O de alguna novela de Henry Miller —le objetó Burt—. Cuando llegué, ya había dos de estos grandes sofás, el verde y el azul, yo me traje el rojo. Si me tiendo a soñar, lo hago en el rojo, me parece que los sueños saben mejor.

—¿Y para qué tantos sofás?

—Por si vienen amigos. No creas, no hago muchas reuniones. Este lugar, originariamente, debía ser muy frío en invierno y caluroso en verano, pero la técnica moderna ha hecho que mejore mucho. Hay paneles de fibra de vidrio aislante y otros materiales que hacen que el calor o el frío no pasen con facilidad, sin embargo para vencer el frío están estas dos estufas, y te aseguro que caldean esto pronto.

—Entonces, aquí vives a tus anchas —dijo más que preguntó, dejándose caer en el sofá rojo que se hallaba frente al televisor colocado sobre una mesita metálica con ruedas que permitían situarlo en forma óptima para ser visionado.

—Si dejas aquella casa porque Marlene se marcha, podrías venir aquí, estaríamos muy bien.

—Y tú, como un rajá, ¿no es cierto?

—Si yo estoy bien, tú también habrás de estarlo, ¿no? —Bueno, parece que los hombres en ciertos asuntos sois menos exigentes que nosotras, os contentáis más rápidamente. —Nos contentamos cuando el manjar es de primera como tú.

—¿Estás seguro que yo soy de primera?

—Sí, pero si te propongo venir aquí no es para abusar de ti.

—¿Te inclinas por el amor platónico? —preguntó, burlona.

—No, no es lo mío, tampoco soy ningún santo.

—Estoy segura de que no lo eres.

Burt se sentó a su lado, la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí, preguntándole:

—Si te violo, ¿gritarás mucho?

Ella le observó fijamente, con las mejillas arreboladas y un aire entre acusador y de amenaza.

—Sí.

—Me llevarán a la cárcel si viene la policía.

—Te estará bien empleado.

—¿Me traerás tabaco?

—¿Adónde?

—A la cárcel, claro.

Ella se echó a reír.

—¿Es que das por seguro que me vas a violar?

En aquella ocasión Burt no pidió permiso para besarla. Los labios femeninos primero dudaron, luego se entregaron y terminaron estremeciéndose.

Eva se sentía feliz en brazos de Burt, él le hacía olvidar las pesadillas, las sangrientas tragedias pasadas. A su lado, todo era distinto. El mundo se hacía iridiscente para Eva pese a que cerraba los ojos.

Muerta Angie y con la advertencia de que Marlene pensaba marcharse a otra parte, Eva había comprendido que iba a pasarlo muy mal sola, ya que en la ciudad no tenía familia y sus amigos se reducían a los empleados de secretaría y administración del Medical Center.

Allí, varios médicos se habían interesado por su persona, pero Eva, para emparejarse, no buscaba sólo una posición sólida sino algo más.

No deseaba formar parte de un matrimonio frío que podía terminar en divorcio como el de Angie y Ronald.

Burt no era sólo la solución a su posible soledad, era más, muchísimo más, era lo que no había encontrado nunca antes.

—¿Por qué no comienzas a gritar? —le preguntó él con voz ronca mientras la besaba por las mejillas, el cuello, la barbilla, los labios, como aprisionándolos sugestiva y sensualmente entre los suyos.

—Gritaré si no me amas, Burt...

CAPITULO XII

Marlene había bebido algunas copas de más y había bailado en la discoteca todo lo que su cuerpo podía soportar.

Deseaba sumergirse en una alegría artificial que la obligaba a reír, a sudar, a llenar su cerebro con impactos de luz y ruidos en altas cotas de decibelios.

Marlene recibió proposiciones de dos amigos para marcharse con ellos, pero las rechazó riendo. No era precisamente ñoña, era una mujer libre y abierta, pero tampoco una prostituta y mucho menos una ninfómana.

Por ello, aceptaba o rechazaba según se sintiera atraída o excitada, no era cuestión de irse a la cama por el simple placer de hacerlo, por el vicio que crea dependencia y frente al cual la víctima no es capaz de revelarse.

—¡Ciao! —les dijo.

—Cuidado, Marlene. Si conduces con el alcohol que llevas dentro, te vas a estrellar.

—¿Estrellarme yo? —Se rió y puso en marcha su pequeño coche.

Condujo rápida en la noche y estuvo a punto de ser alcanzada por otro vehículo que cruzaba y que emitió varios sonidos de claxon protestando; ello le hizo rectificar y aminoró la velocidad mientras suspiraba profundamente.

—Si me atrapa la policía, me quedo sin carnet —se dijo.

Atravesó la ciudad. Salió a la carretera y después de casi quince minutos de marcha, se introdujo en la urbanización dormitorio donde había más casas vacías que ocupadas.

Pudo ver el gran rótulo que indicaba «INFORMACION» y que señalaba una especie de barracón muy bien decorado. Ahora aparecía cerrado, pero al día siguiente llegaría el empleado que atendería a quienes preguntaran por las condiciones económicas de las viviendas.

La urbanización se veía totalmente solitaria, no había ni perros ladrando a su paso. Las farolas estaban encendidas el cincuenta por ciento.

Marlene introdujo el coche en el establecimiento frente a la casa que habitaba y observó que allí no estaba el vehículo de Eva.

—Bueno, hoy he llegado yo la primera —se dijo.

Frenó el coche. Quitó la llave, se apeó de él e introdujo el llavín en la cerradura. Penetró en la vivienda encendiendo las luces.

—Hogar, dulce hogar... Pronto te abandonaré.

Marlene había estado mirando ya otros lugares para residir y se había puesto de acuerdo con otra amiga que en su apartamento tenía una habitación libre para ser ocupada.

«Es mejor ésta», pensó, dejándose caer en el sofá. «Pero demasiado cara. Además no me gusta, huele a sangre».

Conectó el magnetófono de la salita y buscó una botella para beber un trago de ginebra.

—Te vas a alcoholizar —se dijo a sí misma en tono de reprimenda burlona

y casi amistosa.

No pensó siquiera en prepararse un piscolabis. Se dirigió al dormitorio y allí se desnudó. Se puso una bata y calzada con zapatillas fue al baño tarareando la canción que sonaba ambientalmente.

El alcohol fortalecía la seguridad artificial que sentía, pues, en su fondo, gravitaba aún el temor de ser atacada ante los últimos acontecimientos ocurridos.

Se quitó la bata y se descalzó para entrar en la bañera. Al volverse, sus ojos se agrandaron desmesuradamente, sin poder creer lo que estaba viendo.

Un ser fantasmal, alto y vestido con una capa oscura, cubierto con una capucha y un rostro que no sabía definir, estaba allí dentro del cuarto de baño. Ella no se había preocupado de cerrar la puerta para aislarse.

Aquel ser que la aterrorizó estaba encarado con ella y en su mano sostenía un cuchillo hachón afiladísimo, como los utilizados en carnicerías o grandes cocinas.

—¡Nooo! —exclamó casi ahogándose, retrocediendo hasta pegar su espalda desnuda contra las baldosas frías de la pared.

El ser fantasmal alzó su terrible y contundente arma.

Marlene chilló, chilló todo lo que pudo hasta que su desesperado grito quedó cortado... La sangre saltó en derredor. Una y otra vez el hachón de carnicero cayó sobre su cuerpo, contundentemente.

* * *

Había amanecido un día espléndido.

Eva tenía las mejillas sonrosadas, como si la primavera hubiera penetrado en sus venas. Sus labios tenían más color y sus ojos aparecían más brillantes. A su lado, Burt conducía sin prisas, tranquilo, relajado.

—¿Quieres que vayamos a recoger tu coche?

—No. Si no te importa, vamos a mi casa, así tomaré algunas cosas y luego regresaremos a la ciudad. Es temprano aún.

—¿No llegarás tarde a la oficina?

—No creo, hay tiempo, es muy temprano.

—¿No tienes sueños?

—Bueno... —Eva bostezó ligeramente—. Dormiría unas horas más.

—¿Te das cuentas de que la vida puede cambiar pese a que lo vemos todo muy mal?

—Es cierto, puede cambiar para bien. ¿Crees que nos pelearemos?

El se rió bajito.

—Seguro, de lo contrario sería terriblemente aburrido.

Ambos rieron, se sentían a gusto, felices, mientras el auto rodaba en dirección a la urbanización maldita de la que tanto hablaban los periódicos y que fuera mostrada mediante espléndidas fotografías que habían hecho enloquecer de rabia a los propietarios y al casero que era el dueño del grupo

de casas en que habitaba Eva.

—Mira, aún está Marlene.

Eva señaló el coche de su amiga que permanecía estacionado.

—Es muy temprano.

—Y ella es de las que siempre llegan tarde al trabajo.

—Eso de llegar tarde es como un vicio al que uno se acostumbra y luego es difícil sustraerse.

Burt detuvo el auto junto a la acera, sin entrar en el jardín, pues tenía que regresar de nuevo a la ciudad.

—¿Entras? —le preguntó Eva.

—No, no quiero sorprender a Marlene con los pelos de punta.

—Está bien, sólo serán cinco minutos.

Burt detuvo el motor para no mantenerlo al ralentí gastando gasolina inútilmente.

Eva le dio un beso fugaz en los labios y se apeó del coche. Se acercó a la puerta, sacó el llavín y se franqueó la entrada. Observó que pese a ser de día, había luces eléctricas encendidas.

Fue apagándolas mientras rezongaba:

—Esta Marlene...

Observó que el cuarto de su amiga tenía la luz encendida. Asomó la cabeza, y al no verla, dedujo que estaría en el baño.

—¡Marlene!

No obtuvo respuesta.

La puerta del baño estaba abierta y la luz, encendida. Lo primero que vio fue la sangre que salpicaba las baldosas de color verde mar.

El grito agudo y potente de su garganta, infrenable, brotó, mientras se agarraba a la jamba de la puerta del aseo.

Atraído por el grito, Burt saltó del coche y se internó en la casa. Encontró a Eva junto a la puerta del aseo.

—¡Eva!

La joven ya no gritaba. Tenía los ojos cerrados y estaba mareada hasta el punto de que se sentía flaquear sus rodillas.

—Dios mío, no, no...

Por encima del hombro femenino, Burt descubrió el cadáver casi descuartizado de Marlene, parte dentro de la bañera y parte afuera.

—¡Dios! —Exclamó Burt—. Esto parece el matadero de un sádico.

Eva se cogió al jersey de Burt y sollozó sobre su pecho.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—No lo sé, Eva, no lo sé.

La apartó de la puerta para que no volviera a ver a Marlene como una muñeca destrozada.

La dejó sentada en el sofá, luego se acercó al teléfono y lo descolgó.

CAPITULO XIII

El comisario Shenider tenía el rostro de color ceniza. Estaba como si a media digestión le hubieran propinado una patada en el hígado y ya no pudiera reponerse.

Miraba en derredor desconcertado, corno si estuviera en un lugar donde no debía estar.

Inspectores, ayudantes y policías de uniforme deambulaban por la casa revisándolo todo.

Tras recibir la orden de llevarse el cadáver, los camilleros opinaron:

—Parece que la hayan troceado para venderla en una carnicería.

—No hay duda de que el asesino está loco de atar.

Una camilla que se manchó de sangre trasladó los restos de Marlene a la ambulancia y el vehículo partió ululando pese a ser innecesario. Aquellos despojos humanos ya no tenían prisa alguna.

—¿Han estado juntos toda la noche? —preguntó, como no dando por oídas las palabras anteriores.

—Así es —repitió Burt.

—¿Alguien más puede corroborarlo? —preguntó el comisario que parecía negarse a quedarse sin culpable.

—¿Le parece poco? Somos dos.

—Ronald Traub fue el asesino. Coinciden las fechas, sus ausencias. Hemos investigado minuciosamente.

—Y esta noche, comisario, esta noche ¿quién ha sido?

—No lo sé, puede ser otro. No sé si sabrán que algunas mentes desequilibradas actúan por mimetismo. Habrá oído hablar que había un asesino sádico y sangriento y ha querido emularle.

—Yo no lo creo, comisario.

—¿Por qué no, señorita? —inquirió, volviéndose hacia Eva cuyo rostro mostraba una gran palidez.

—Porque no creo que Ronald fuera el asesino.

—¿Y por qué está tan segura?

—Marlene me lo dijo.

—Vaya... ¿Qué le dijo Marlene que no me haya contado a mí? —inquirió, hosco.

—Cuando Ronald Traub la atacó, le preguntó qué es lo que sabía.

—¿Y qué significa eso?

—Que buscaba la verdad.

—¿Sobre qué?

—Él no quería matar a Marlene sino averiguar quién era el asesino de su esposa Angie. Estaba obsesionado por eso.

—Es una hipótesis más a tener en cuenta pero que no me convence.

—¿Prefiere aferrarse a la idea de que hay otro loco por ahí que quiere

llamar la atención? —preguntó Burt ahora.

—Lo encontraremos —respondió el comisario Shenider—, lo encontraremos.

—¿Cuándo, cuándo me haya asesinado a mi? Lo que es yo ya no duermo más en esta maldita casa. —Suspiró profundamente y luego, más repuesta, dijo—: La puerta estaba cerrada, el asesino debía tener una llave.

—¿Una llave? Sí, es interesante. La cerradura no ha sido forzada ninguna de las veces. También cabe suponer que el asesino llamara a la puerta y sorprendiera a su víctima, la condujera hasta el cuarto de baño bajo amenazas y allí cometiera el horrible crimen.

—Yo creo que entró sin que ella se diera cuenta.

—¿Con qué llave, señorita?

—No sé, debió cogerla en alguna ocasión.

—¿Por ejemplo?

—Cuando mató a Angie. Solíamos tener la llave colgada en una alcayata que hay en la jamba a la entrada. Asesinó a Angie y se llevó la llave, todo sucedió muy rápido. Pudo ser así ¿no?

—Sí, hipótesis tenemos muchas, pero faltan hechos concretos y comprobables. ¿Sospechaba la víctima que podía ocurrirle algo?

—No, no sospechaba nada —respondió Eva.

—Bien, buscaremos pistas, huellas, rastrearemos los alrededores... Ustedes no se alejen de la ciudad ni de su área dormitorio. Quiero poder comunicarme con ustedes en cuanto haga falta.

—A mí me encontrará en el apartamento de mi amigo Burt.

—Bien, lo que haga con su vida no es de mi incumbencia.

Eva metió en un maletín lo que juzgó más imprescindible y le dijo a Burt:

—En otro momento volveré a buscar todas mis cosas.

Burt se la llevó al coche.

La policía seguía rastreando la urbanización mientras dos agentes mantenían a distancia a unos periodistas que, enterados de la noticia, habían acudido al lugar para hacer su reportaje.

—El asesino de la urbanización vuelve a actuar —silabeó Burt, añadiendo —: Ese será el titular de los periódicos esta tarde.

—Burt, ¿no crees que sea un ser del infierno?

—En mi apartamento tengo algo interesante —le dijo como respuesta.

—¿Interesante, algo que no has querido decirme antes?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Será mejor que lo veas en su momento. Por cierto, que el comisario Shenider se siente perdido.

Eva quedó preocupada pero no dijo nada más y aguardó a llegar a la buhardilla de Burt desde donde pensaba llamar al Medical Center para advertirles que debido a lo ocurrido llegaría un poco más tarde.

La prensa vespertina y las noticias de radio y televisión corroborarían sus

palabras. Por otra parte, prefería permanecer alejada de los periodistas, no deseaba explicarles el horror que había sentido al descubrir a Marlene.

Ya en el apartamento, Eva dejó el maletín en la alcoba y pasó a la sala.

Burt tenía unas copias fotográficas, una de las cuales mostró a la muchacha.

—¿Conoces esto?

Al mirar la fotografía, Eva parpadeó, luego, la observó con más atención. Era un claro de bosque.

—Sí, sí... ¿Cómo la has conseguido?

—De un amigo. Ya sabes que soy historiador, y por tanto, un ratón buscando datos.

—Pero, ¿qué datos?

—Mira esta otra fotografía.

Eva la observó. El claro del bosque estaba más alisado, mostrando profundos agujeros.

—¿Qué es esto?

—Los cimientos del conjunto de casas donde has vivido hasta hoy.

Eva volvió a parpadear.

—No comprendo...

—Sí. El bosque de diez casas que hay en esa urbanización donde se levantan chalets y otros apartamentos residenciales, está asentado en el bosque que tú viste en tus pesadillas si es el mismo de la foto.

—Sí, sí, lo es. La fotografía está tomada de día, pero es el mismo, seguro.

—Entonces, el conjunto de casas ha sido edificado en ese claro del bosque que aparece en tus pesadillas.

—¿Cómo es posible?

—Hay ocasiones en que se producen fenómenos semejantes y a los que no se encuentra explicación. ¿Habías visto ese sitio antes de ir a vivir allí, me refiero antes de ser edificada la casa?

—No, seguro que no.

—Bien. Ahora, mira esta otra fotografía.

La foto mostraba una zona ampliada del centro de los cimientos.

—¿Qué es eso, un gran pozo?

—No, no es un gran pozo. Tuvieron que rellenarlo de tierra y piedras con un bulldozer. Todo esto me lo ha contado un amigo arquitecto que es el ayudante del arquitecto jefe que llevó a cabo estas obras. Me fui a informar, averigüé el nombre del arquitecto responsable y luego, en su taller de arquitectura, descubrí que trabajaba un compañero de estudios. Le pregunté al respecto y como no se trataba de investigar si la edificación estaba bien en materiales o no, no se mostró receloso. Me enseñó las fotografías que se habían hecho del área de edificación y me llamó la atención ese agujero.

—¿Te explicó que era?

—No, pero lo he averiguado en otra parte.

—¿Dónde?

—En los archivos de la iglesia que existe en el pueblo cercano.
—¿Qué es? dímelo, me tienes impaciente.
—Allí descubrí que ese agujero era un osario.
—¿Osario, de huesos?
—Exacto.
—¿Huesos de qué?
—Humanos.
Ella abrió los ojos desmesuradamente.
—¿Humanos, dices?
—Sí.
—¿Era un cementerio?
—Más o menos, digamos que era un cementerio maldito.
—¿Por qué?
—Se supone que es ese claro del bosque, hace siglos, se celebraban aquelarres.
—¿No se sabe de cierto?
—No, ten en cuenta que no es fácil hallar documentación al respecto. No obstante, se sabe que fue encontrada esa especie de gran hoyo en la tierra como un ojo de cráter volcánico al fondo del cual no crecía nada y cuando llovía, no se llenaba de agua, por lo que cabía pensar, siempre según el reverendo que me lo contó, que el agua debía filtrase por distintos orificios hacia el interior de la tierra y, según los antiguos, por allí se descendía al infierno. El caso es que los que eran considerados malditos y quemados o muertos en circunstancias no cristianas en este lugar, eran arrojados dentro de ese hoyo. Incluso, algunos suicidas lo escogían directamente.
—¿Un cementerio de malditos?
—Poco más o menos. Eso hizo que el propietario pudiera adquirir los terrenos a bajo precio y se preocupó muy mucho de sepultarlo con piedras y tierra para construir encima, ya que era un lugar excelente. Supongo que lo que ahora deberá temer el casero es que se divulgue esa historia de que el conjunto de diez casas se ha edificado sobre un osario maldito, seres calificados como brujos y suicidas.
—Y de uno de los príncipes del infierno.
—¿Te refieres al personaje de tus pesadillas?
—Sí.
—¿Crees que se debe a una especie de viaje astral o viaje hacia el pasado?
—Sí y de la mano del diablo.
—De todos modos, será mejor que no se lo cuentes a los periodistas.
—No, no quiero que me tomen como una alucinada, pero el casero, ese maldito especulador que ha edificado sobre el osario, me va a oír.
—Los parapsicólogos y también los amigos de la brujología opinan que en los lugares en donde ha habido mucho sufrimiento, terror y tragedia, queda algo impregnado en las paredes.
—¿Quieres decir que yo he captado ese sufrimiento?

—Sí, es un fenómeno muy raro, hay que tener una especial sensibilidad, pero si el consciente está dormido, el subconsciente puede llegar a captarlo y entonces uno pasa a vivir acontecimientos insólitos. La verdad, no estoy muy versado en todo esto, pero he oído que ocurren sucesos muy extraños, visiones espectrales y fantasmales donde anteriormente han ocurrido hechos trágicos.

—¿Y esos efluvios malignos pueden haber brotado del subsuelo?

—Sí, eso creo. Es más, me tomé la molestia de hacer un croquis burdo pero que sirve. Mira —le mostró un plano.

—¿Es el plano de la vivienda?

—Sí, de vuestra vivienda y el agujero taponado encaja perfectamente bajo la habitación que tú ocupas.

Eva dio un respingo.

—Qué horror! Entonces, ¿he estado durmiendo sobre el osario de los malditos?

—Eso parece. No quería decirte nada para no espeluznarte, pero ya que se han puesto las cosas tan difíciles, he creído necesario que supieras todo lo que he averiguado. En realidad, la fosa en donde te llevaban era el propio osario y la tierra que te echaban encima esos seres horribles es la tierra que han tirado encima para ocultarlo.

—Me estremezco sólo de pensar que he dormido encima de ese osario.

—Yo juraría que eso es lo que te ha provocado las pesadillas. Has captado algo, efluvios diabólicos o no sé cómo llamarlos que han manado de esa fosa en la que fueron arrojados los restos de los malditos, seres quemados en hogueras, suicidas o ahorcados. Esto lo explicaría mejor un profesor de parapsicología, pero más vale que lo olvides, no recurras a ellos porque te harían mil preguntas y sería peor para tu mente. Te convertirías en una cobaya experimental y te pedirían que volvieras a dormir allí.

—¡Jamás!

—Lo comprendo. Piensa que si lo hicieras, ellos te aplicarían electrodos en el cráneo para registrar tus pesadillas en un electroencefalograma.

—No, no, sería un cobaya que terminaría en un manicomio.

—Exactamente.

—Pero es preferible que la gente sepa lo que hay debajo de esas casas para que a nadie más se le pueda presentar ese diabólico ser llamando a la puerta y que lo arrastre al pasado para hundirlo en el osario.

—Pienso que es mejor que no digas nada y que lo olvides. Después de todo, de lo que se publique hoy y mañana en los periódicos y revistas, dentro de un año nadie va a acordarse y vendrán otras familias que se asentarán allí salvo que derriben las casas lo cual no creo.

—Sin embargo, estoy un poco desconcertada.

—¿Por qué?

—Yo salía realmente de la cama al jardín, ¿verdad?

—Sí, supongo que en estado de sonambulismo, pero lo demás era irreal. Si

algún daño te hacías podía ser al tropezar. Son situaciones que no tienen explicación científica, no se pueden clarificar totalmente y lo mejor es huir de ellas y olvidarlas. No eres la única persona que ha pasado por situaciones semejantes. Hombres que han entrado en caserones abandonados y han vivido horrores, luego se han vuelto locos o cuando han querido regresar a ellos se han dado cuenta de que no existían desde hacía siglos.

—¿Y es posible que todo esto me haya pasado a mí?

—Sí, es posible, pero mejor lo olvidas. Por mucho que lo intentáramos jamás hallaríamos una total explicación. De lo que sí puedes estar segura es que allí existía un osario de malditos.

—Esos seres espectrales no me hicieron ningún daño, ellos no me atacaron.

—Por lo que yo sé al respecto que, repito, no es mucho, si fantasmas o espectros aparecen aunque sea en forma de alucinación, jamás pueden hacer otro daño que el de asustar. Lo demás son historias de terror, historias para no dormir.

—En cierto modo siento un alivio, se lo contaré al doctor Emerson, pero ¿y el asesino?

—Ese es otro aspecto de la cuestión que deberá resolver la policía, aunque el comisario Shenider se vea ahora totalmente perdido. También pudiera ser que, desgraciadamente, jamás se hallara el verdadero asesino.

—Sí, no sería la primera vez que un asesino tan sangriento escapara de la justicia.

CAPITULO XIV

Pese a la gran sorpresa causada por el macabro hallazgo del cadáver de Marlene, Eva se sentía más segura de sí misma tras encontrar una explicación a sus angustiosas pesadillas. Era ciertamente una explicación fantástica, pero tenía su lógica.

Su subconsciente, mientras dormía, había captado que debajo de la casa había restos humanos que le enviaban su influjo maléfico. ¿Cómo? Eso, lo ignoraba, pero ella lo había captado y no deseaba volver a pasar por la misma prueba.

Lo inexplicable se le antojaba hasta cierto punto explicable; era una contradicción pero le parecía válida. El fantasma no estaba en su cerebro, si no que surgía del interior de la tierra.

Avanzó con paso firme a través del largo corredor hasta llegar a la consulta del psiquiatra. El suelo estaba limpio, encerado.

Entró en la sala de espera, allí, como las veces anteriores, no había nadie.

Pasó al despachito de la enfermera y vio los archivos cerrados.

Abrió la puerta y encontró al doctor Emerson de pie, de espaldas a la entrada. Se volvió hacia ella como sorprendido, brillándole los cristales de las gafas como si fueran espejuelos.

—Ah, es usted, Eva.

—Doctor, ya estoy bien.

—¿Ya está bien? —Sonrió bajo sus gafas de una forma paternal y burlona —, ¿De veras está bien?

—Sí.

—Pues, me alegro.

—Y yo.

—Por favor, siéntese y me lo explicará mejor. Por cierto, ¿han apresado ya al asesino de la urbanización donde usted vive?

—No, pero el comisario Shenider acabará encontrándolo.

—Magnífico, magnífico.

—Ese hombre debe ser un carnicero.

Se la quedó mirando fijamente, como muy sorprendido.

—¿Y por qué dice usted un carnicero?

—Pues por la forma de matar a sus víctimas. Ha empleado cuchillos o armas utilizadas seguramente en carnicerías o cocinas muy grandes.

—¿Sólo por eso?

—Bueno, es lo que opina el comisario, aunque ahora se encuentre totalmente desconcertado.

—Es posible que el comisario atrape finalmente al fantasma.

—No se trata de un fantasma, doctor, se trata de un loco asesino.

—Usted me explicaba que era un ser de ultratumba, un ser diabólico.

—Lo que yo sentía en mis pesadillas era distinto, doctor; ahora ya he

descubierto el motivo de ellas.

—¿Y cuál es, según usted?

El médico quedó ahora bajo el haz de luz de la lámpara de mesa y Eva se fijó en la bata que llevaba. Vio unas manchas rojas que la llamaron la atención.

—Doctor, ¿se ha herido? —preguntó, en vez de responder.

—¿Cómo?

—En su bata hay sangre.

El rostro del doctor se transfiguró al mirarse. Luego, le temblaron los labios.

—Sangre...

—¿Se ha lastimado?

—Sangre...

Eva comenzó a mirarle preocupada, él repetía la fatídica palabra.

—Sangre..., sangre...

—Doctor, ¿se encuentra bien?

—Sangre..., sangre...

Eva comprendió que algo muy raro le pasaba el doctor Emerson y fue poniéndose en pie despacio para alejarse, pero él se encaró con ella. Los cristales de las gafas semejaban verdaderos espejos que le impedían ver los ojos.

—¿Qué le pasa, Eva, tiene miedo de la sangre?

—Volveré dentro de un rato, doctor Emerson, me están esperando.

El hombre lanzó una mano como un zarpazo hacia el otro lado de la mesa. La muchacha saltó hacía atrás y aunque la tocó, no consiguió atraparla. Eva hizo caer la butaca y casi cayó ella también.

Mientras la mujer ahogaba un grito, el doctor Emerson se levantó y rodeó la mesa, cortándole el paso hacia la puerta.

—¿Me tiene miedo? Dígalo, dígalo... ¿Me tiene miedo? —Sonrió levemente, malignamente.

—Doctor, déjeme salir, me esperan...

—Le esperan, la esperan, la esperan... —Se echó a reír.

Eva intentó alcanzar la puerta de salida. No lo consiguió y, retrocediendo, logró abrir la puerta del aseo adjunto a la consulta psiquiátrica.

—¡Socorro! —gritó.

Se introdujo en el cuartillo desesperadamente, cerrando la puerta tras de sí y colocando el cerrojo.

El doctor Emerson cargó violentamente contra la puerta sin conseguir derribarla. Eva, para hacer más fuerza, apoyó su espalda contra la madera cuando, allí dentro del aseo, descubrió un cuerpo medio sentado en el suelo, apoyado contra la pared, un cadáver humano que reconoció de inmediato.

—¡Doctor Halloway!

Chilló y chilló aterrorizada al verle sucio de sangre. Le habían clavado un arma en varias partes de su cuerpo, no menos de diez veces a juzgar por las

manchas de sangre que mostraba el psiquiatra que yacía desmadejado en un charco de sangre.

—¡Sangre, sangre! —repetía la voz al otro lado de la puerta.

La, puerta sufrió un fuerte golpe y junto al rostro de Eva apareció una fina, larga y punzante hoja de lo que podía ser un abrecartas.

Eva comprendió que había estado a punto de ser apuñalada. Unos centímetros más a la derecha y se la habría clavado.

La hoja fue retirada con violencia y Eva comprendió rápidamente lo que iba a ocurrir a continuación.

Se apartó de la puerta de un salto y donde había estado su nuca antes, apareció de nuevo la hoja que había atravesado la puerta que, como la mayoría de las fabricaciones en serie, era de hojas finas de madera rellenas de cartón que le daban sostén.

Eva chilló cuando al otro lado escuchó golpes y ruidos indescriptibles. Temblaba sin atreverse a moverse. Al fin, oyó la voz de Burt llamándola.

—¡Eva, abre, abre!

Franqueó la puerta y al ver al joven, se abrazó a él sollozando.

Dos enfermeros sujetaban al hombre que había tratado de asesinarla.

—¡Burt, Burt, qué horror!

EPILOGO

—Emerson era ayudante de cocina del Medical Center —explicó el comisario Shenider—. En realidad, tiempo atrás había sido un viajante que en un acceso de locura había tratado de asesinar a su esposa a la que encontró en compañía de otro hombre. No lo consiguió y Emerson fue traído aquí. El doctor Halloway lo trató, el hombre parecía muy acabado según los informes. Poco a poco se recuperó y el doctor Halloway le proporcionó el empleo de ayudante de cocina, ya que había dado muestra de habilidades culinarias. Emerson se comportó bien, lo malo es que estaba tocado mentalmente. Se sentía frustrado por no haber logrado asesinar a su esposa que desapareció y necesitaba saciar con sangre su sed de venganza. Usted, Eva, no sabía que el doctor Halloway visitaba por la tarde.

—Es cierto, no lo sabía. Lo encontré a él, me dijo que era el sustituto del doctor Halloway y como hablaba tan bien, le creí.

—No olvide que era viajante, debía tener labia y adaptabilidad. Además, había tenido muchas sesiones con el doctor Halloway y aprendió la forma de comportarse de un psiquiatra y su terminología, por ello pudo engañarla. Usted le contó su pesadilla del fantasma y él se sintió ese fantasma. Clavó su cuchillo a Angie, se llevó la llave de la casa y le cortó la cabeza a Walter. Ronald Traub apareció estúpidamente en escena queriendo vengar a su esposa y tuvo un desgraciado final.

—Yo descubrí que te habías dejado la documentación en mi coche —explicó Burt—. Cuando quise entregártela y pregunté por el doctor Emerson en recepción, me miraron asombrados y me dijeron que por la mañana no había consulta de psiquiatría y que no se trataba del doctor Emerson si no del doctor Halloway. Comprendí inmediatamente lo que ocurría y le dije que llamaran al comisario Shenider mientras yo pedía a dos enfermeros que corrieran conmigo. Al principio me tomaron a mí por loco, pero como les dije que la policía estaba al llegar y que una mujer se hallaba en peligro, me ayudaron.

—Desgraciadamente, fue tarde para salvar la vida del verdadero psiquiatra, pero su amigo logró salvarla a usted.

—Sí —suspiró Eva— me salvó de un ayudante de cocina que tenía a su alcance toda clase de cuchillos.

—Eso es. Hemos comprobado que las armas del crimen pertenecen a la cocina de este centro médico —explicó el comisario Shenider—. Ahora ya podrá volver a vivir en la urbanización. El asesino no volverá a presentarse, está bien sujeto dentro de una camisa de fuerza.

—Gracias, comisario; pero lo que es yo, no vuelvo a esa urbanización ni atada.

—¿Por qué no? Si todo ha terminado...

—¿Todo?

Burt y Eva se miraron. Luego, ella se volvió hacia el comisario y le dijo:

—Le invito a que duerma en la misma cama que dormía yo durante unas noches. Después, si es tan amable, me cuenta sus pesadillas. Ah, y déle saludos a Satanás cuando lo vea...

Los dos jóvenes, cogidos de la mano, abandonaron las dependencias de la policía dejando perplejo al comisario Shenider que escribía sobre un bloc una frase que decía:

—«Recuerdos a Satanás de parte de Eva.» Hombre, eso queda bien...

FIN